

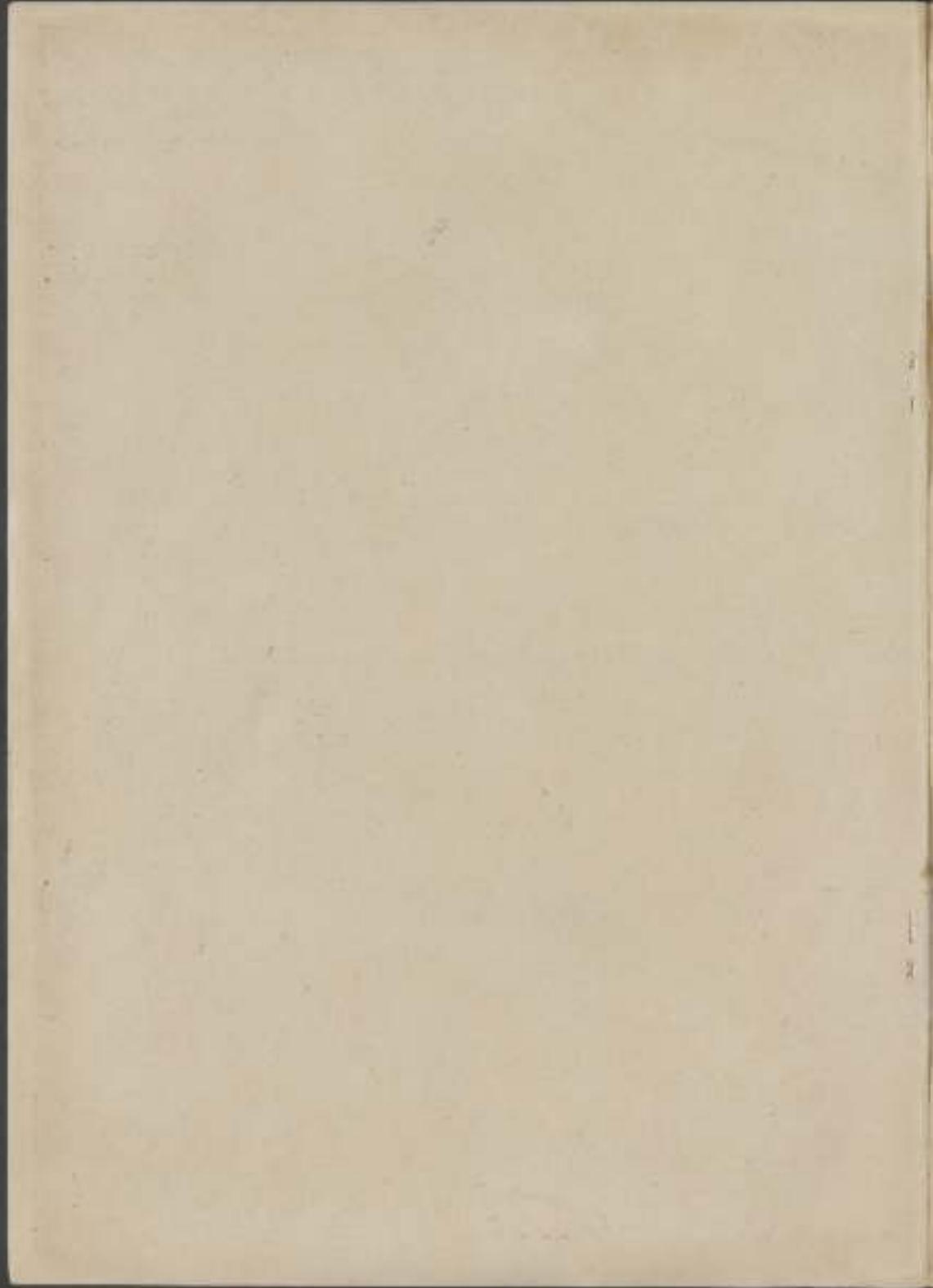
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
serie \*alfa

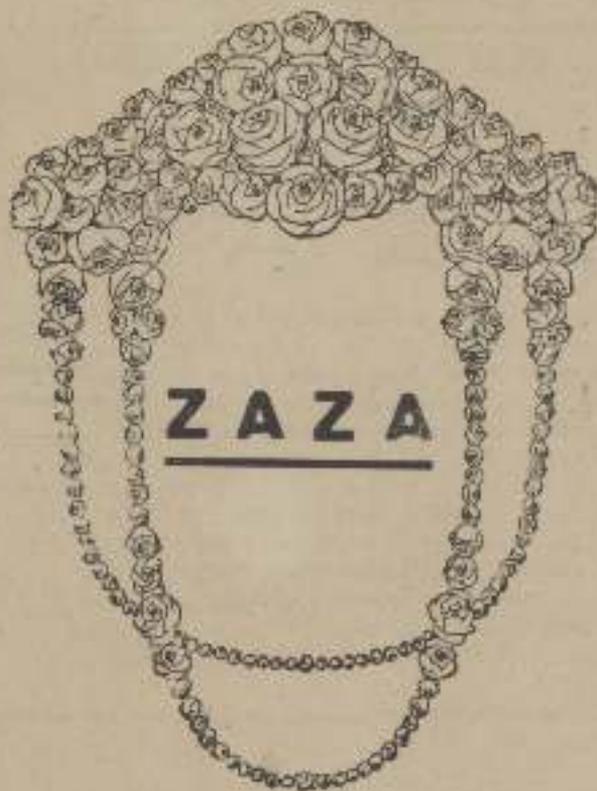
*Claudette*  
**COLBERT**  
*Herbert*  
**MARSHALL**



**L'ATILIA**

Editorial **ALFA**





**ZAZA**

---

---

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

---

---

ARTES GRÁFICAS ESTILO  
Valencia, 334 - Teléfono 70677  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:  
APARTADO DE CORREOS 787 - BARCELONA

AGENTES DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbó, 16, Barcelona - Tarrasa, 4, Madrid

EDITORIAL  
A.S.

AÑO XIX

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
SERIE ★ ALFA

NUM. 339

NUM. 90

## — ≡ Z A Z Á ≡ —

*Zazá* es la historia de una mujer alegre que un día encontró la felicidad y no pudo vivirla. Los lectores se encariarán con la vida de esta actriz de music-hall y seguirán con emoción cuanto le sucede.

Toda la ternura y picardía francesas de principios de siglo en el teatro se hallan reflejadas en estas páginas emotivas.

George Cukor ha puesto en la dirección de esta película todas las enseñanzas conseguidas en su larga carrera artística, pero quien colma toda clase de elogios es la brillantísima estrella Claudette Colbert, que consigue una encarnación perfecta del tipo creado por Pierre Berton en la famosa comedia del mismo título.

Calle Valencia, 253

Pintor Sorolla, 4 y 6

BARCELONA



VALENCIA

Avenida de José Antonio, 41. - MADRID

## PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Zazá</i> . . . . .	Claudette Colbert
<i>Dufresne</i> . . . . .	Herbert Marshall
<i>Cascart</i> . . . . .	Bert Lahr
<i>Anais</i> . . . . .	Helen West Lein
<i>Natalia</i> . . . . .	Constance Collier
<i>Florianne</i> . . . . .	Genevieve Tobin

Director:

**George Cukor**

Narración literaria:

**Lázaro Guillén**

# Z A Z A

RESUMEN ARGUMENTO  
DE LA PELICULA

## UN CONOCIMIENTO INESPERADO

**E**L tren mixto, trepidante, con su alta chimenea despidiendo humo negrozco, corría por los campos de la vieja y eterna Francia. Regularmente instalada en un vagón de tercera de aquél, viajaba una gente extraña a las demás. Esta era, según descubría el rótulo de una de sus maletas: «Cascart y Zazá. Compañía teatral de lujo». Gente lúbrica, vocinglera, que de cualquier tema hacía discusión.

Al llegar el tren a la estación de Saint Mery lo primero que divisaron los viajeros fué un gran cartel, colocado en medio de los andenes, en el que se leía:

SAINT MERY  
ESPECTACULO UNICO  
«ALCAZAR»

*Cabaret al aire libre. — Un programa de estrellas:*

FLORIANNE  
de la «Opera Comique»  
CASCART Y ZAZA

Ver Zazá este cartel y preguntar a Cascart todo fué uno:

—¿Por qué has permitido que pongan otro nombre antes de los nuestros? ¿Quién es esa Florianne?

Madame Anais Jardin, la madrastra y acompañante de Zazá, que había bebido en el viaje más de la cuenta, consultó antes

de bajar y entregar a un mozo las maletas:

—¿Es esto Saint Mery?

—Claro que es Saint Mery. ¡Baje!

Y después de regañar con el mozo que vino a ofrecerse, y temiendo pegar en el suelo al descender del vagón con mil cuidados —chilló alarmada:

—¡Oh, me voy a caer!

—¡Por favor! ¡Cáigase! — exclamó Cascart, incomodado por aquella borrachera.

Como Anais hubo supuesto, ocurrió. La madame, al echar el pie al andén, estuvo a punto de rodar, si un galante caballero, que pasaba casualmente, no lo hubiese impedido, sosteniéndola oportuno. Ella se deshizo en elogios agradecidísima, agarrándose:

—¡Al fin, un caballero! ¡Ah, qué caballero!

Y Zazá, que ya había bajado y estaba distraída, separada, se acercó, para librarle de aquel peso molesto, recabando:

—¡Oh! Gracias, caballero.

—Señorita... —cumplió el caballero, sombrero de paja en mano, al descubrirla.

Pero Zazá, indiferente, sin fijarse al parecer, dijo, al observar

que pasaba la carretilla con las viandas para viaje:

—Oye, Cascart, cómprame un huevo.

Oportunidad que fué aprovechada por Anais, a pesar del susto, para exigir:

—¿Y dónde está la cerveza que me prometió?

Pero, comprendiendo que él no haría caso, se unió a «su salvador» para explicarle:

—Soy Madame Anais Jardin, caballero. Y aquí tiene usted a Zazá, mi hijastra; pero yo para ella, he sido una verdadera madre, puede creerme.

—¡Bah!, Muddy, a este caballero no le interesa... —disculpó Zazá.

—Es el nombre que me ha puesto: «Muddy». Así me llamaba cuando todavía era demasiado pequeña para decir madre, siendo como he sido, más que una madrastra, una verdadera madre para ella.

—¡Ah!, cállate, Muddy! Anda, anda.

Y Zazá, para cambiar el giro de la conversación, mostrándose en exceso seductora (cosa innecesaria porque él quedó sugestionado desde que la vió), hubo de preguntar:

Z A Z A

—Oiga, caballero: ¿dónde está el Alcázar?

—¡Eh! ¿El Alcázar?

Cascart vino a cortar esta respuesta, enseñando en alto el huevo que acababa de adquirir:

—Zazá: aquí te traigo el desayuno.

Pero Zazá, cogiendo el huevo casi en el aire, presentó, insistiendo en su pregunta:

—Mi pareja Cascart y yo vamos a actuar en el Alcázar. ¿Quiere decir que no ha oído hablar nunca del Alcázar?

—Es posible. Soy forastero aquí —repuso el caballero.

—¿Entonces, no vive en Saint Mery?

—No.

—¿Hace tiempo que está aquí?

—Una semana.

—¿Es una ciudad bonita?

—Cuando uno no conoce a nadie y no se tiene mucho que hacer, cualquier ciudad es aburrida.

—¿Vendrá al teatro esta noche?

—No; no me es posible. Salgo para París.

—Lo siento. ¿Hace calor, verdad?

—Mucho. Bien, buena suerte.

—Gracias.

En fin, para acabar la situación embarazosa, el forastero se despi-

dió inclinándose cortésmente ante «Muddy»:

—Adiós, señora.

«Muddy», complacida, deshaciéndose en zalemas, aclaró a sus acompañantes:

—Adiós. ¡Ah, ahí va un caballero; ¡un caballero de los pocos que quedan!

Bernard Dufresne, que tal es el nombre del valiente caballero que atendió a la madrastra de Zazá en la estación de Saint Mery, era un gentil hombre, en toda la extensión de la palabra: hidalgo, generoso, de un pundonor rvano en la nobleza de sus acciones. Pero, joven también, enamorado de la gracia femenina cuando esta presentaba un suave matiz de ingenuidad y picardía, no es raro se sintiese atraído por Zazá desde el momento que la vió moverse —inquieta, bulliciosa— por los andenes, y más tarde actuar en el escenario del Alcázar, adonde iba a contemplarla muchos días. Así, llegó a ser conocido por los habituales espectadores, e incluso por los artistas del teatro, al divisarle ocupando casi siempre la misma localidad. Además, él solía presentarse como un «gentleman», con una elegancia inusitada, fin de siglo XIX, en aquel

teatrillo al aire libre: traje obscuro correcto, zapatos de charol, guantes, cuello duro y alto con corbata de «plastón», sombrero forma de hongo y la mejor de sus sonrisas a quien se dirigiera.

Entre las amistades que enhebró, en sus frecuentes visitas al teatro, fué para él una de las más atractivas la de Bussy, un compositor de canciones ligeras que comenzaba a estar en boga.

Bussy, músico y amigo de Zazá, comenzó a interesarse por aquel hombre galante y enigmático, que casi nunca iba acompañado y en quien las mujeres clavaban sus miradas curiosas o embebidas.

Por esto una noche Bussy, al coincidir con Bernard en la entrada del Alcázar, le abordó en un diálogo elocuente.

—¡Hola, Dufresne! —atacó insinuante.

—¡Hola, Bussy! —respondió Dufresne, entre molesto y complacido.

—Venga a tomar una copita con un pobre compositor nervioso.

—¿Usted nervioso, mi querido Bussy? ¿Por qué?

—Vamos a ensayar algunas

nuevas canciones más después de la función de esta noche. ¿Qué quiere tomar?

—Nada, gracias.

—Le queda mucho tiempo. Zazá no sale a escena hasta dentro de veinte minutos.

—Zazá no es todo el programa.

—Sin embargo, todas las noches desde su debut, ha llegado usted poco antes de su número, y se ha marchado poco después.

—¡Phs! ¿Se ha dado usted cuenta?

—¿Quién no se ha dado cuenta? Aunque nunca le hayamos visto en su camerino. Venga entre bastidores cuando quiera y se la presentaré.

—No, gracias.

—Es usted una persona rara. Por lo visto admira a la muchacha y, sin embargo, no quiere conocerla.

—¿Qué ganaría con ello?

—Parece como si tuviera usted miedo de conocerla.

—Saque usted mismo la conclusión.

—Muy bien. Sea misterioso. Tendrá sus motivos.

Y se separaron cortésmente aquella noche para dirigirse cada uno a sitios diferentes.

## LAS SEDUCCIONES DE ZAZA

LA seductora Zazá —cuyos antecedentes encontramos en una deliciosa y antigua comedia de Pierre Berton y Charles Simón—, representaba el prototipo de la joven artista de variedades francesa en los comienzos del siglo actual. Semi púber, muy bonita y con precoz inteligencia, utilizaba con sabia coquetería, entre ingénuas y pícaras, la cambiante expresión de sus ojos en gestos distintos, según las situaciones que abordase. Pero siempre segura del encanto que producía a las personas —a los hombres, sobre todo—; dejábase querer por todo el mundo, cortejada por sus muchos admiradores, aunque es fama que ella no quería a nadie.

Una de las noches que, poco antes de la función, llegaba al teatro en un modesto «fiacre» rodeada de petrimetros en disputa de su amor, se encontró a la puerta del escenario con Cascart —su viejo acompañante de actuación—, que, como siempre, la esperaba para reñirla por su tardanza. Pero ella se zafó de sus regaños y vino a preguntarle:

—¿Cómo está el teatro?

—Lleno, o lo estará cuando salgamos a escena —respondió Cascart.

—¿Has visto a algún conocido?

—Al empresario Marchand, lo tienes aquí.

—¡ Ah, ese imbécil ! No me re-

feña a él. ¿Algún dandi, por ejemplo?

—¿Quieres decir ese tío de París? ¿O... te refieres a Dufresne?

—Sí, Dufresne —continuó Zazá, afirmativa—. ¿Está en el teatro?

—Le he visto comprar una entrada. Está en el sitio de siempre.

—¡Oh! ¡Qué curioso!

—Me gustaría saber lo que busca.

—Quizá le guste yo.

—No te hagas ilusiones. Si le gustaras bastante, te hubiese seguido la pista hace tres semanas.

—¿Cómo sabes que no me sigue la pista?

—Entonces, va más despacio que los demás. Ni siquiera intentó conocerte.

—Quizá necesita algún estímulo.

—¡Uf! ¡Ya lo recibirá! —conchuyó Cascart—. Y empujándola suavemente—: Entra, entra.

Perdiéndose entre telones y bambalinas por detrás del escenario, Zazá halló a Simone, una linda muchachita, figurante de la compañía, que esta noche estaba con un gesto entristecido.

—¡Simone! ¿Qué te pasa? —dijola al pasar.

—Nada —respondió Simone atribulada.

—¡Oh! Pones una cara como si necesitases que te animaran. ¿Quieres tomar una copita?

—No me aliviaría.

—Anda, vamos. Yo también tengo sed —la animó llevándola consigo.

Al cruzar el bar del interior del teatro escuchó la voz de Floritune —la tiple ligera y su rival de actuación— denigrándola públicamente, ante su empresario y otras personas, que defendían, no obstante, a Zazá. Al oírla, ésta quiso saltar indignada. Pero se contuvo, despreciativa, diciendo a Simone:

—¡Ah, pécora! Hace demasiado calor para pelearse. Pero algún día voy a decirla a esa lo que opino de ella.

Una vez en el camerino de Cascart, donde a veces se maquillaba, insinuó compasiva, dirigiéndose a Simone:

—Y ahora, ven; dime lo que te pasa.

—He perdido mi puesto y no sé qué hacer —explicó Simone.

—¡Pobrecita! Eso es una cosa seria. Pensaba que llorabas por algún hombre. Pero, ¡ánimate!; encontrarás otro empleo.

Z A Z A

—¿Dónde? ¿Cuándo? Los empleos no son fáciles de encontrar. He de pensar en mi hermana y en su bebé.

—¿Bebé? ¿Qué edad tiene?

—Dos días.

—Entonces tienes que conservar tu puesto aquí. Hablaré con Malardot, mi empresario. Toma. Dale esto a tu hermana —te cobó, adelantándola unos billetes.

—¡Oh, no!

—No seas boba. ¿Y qué es, niño o niña?

—Un niño.

—Un niño. Claro, no se puede esperar de un niño de dos días que pueda ganarse ya la vida. ¿Verdad? Toma.

—Gracias, señorita, gracias. Que Dios la bendiga.

Y como en aquel mismo momento entrasen en el cuarto con una botella de champán, obsequio de uno de los admiradores de la artista, añadió ésta escaciando en unas copas:

—¿Champán? ¡Ves! Ha venido en el momento oportuno. Toma. Por nuestra salud.

Bebiendo las copas de champán se hallaban todavía cuando entró en el camerino Malardot, el empresario, para advertir a Zazá que debía prepararse para la fun-

ción. Entonces, ella aprovechó esta oportunidad para conseguir de aquél, mediante unas sonrisas complacientes, que diese a Simone un papel en su nueva revista, bajo la promesa de que la chica abandonaría la cara triste y aprendería a sonreír.

Pero Zazá no podía estar sola ni unos segundos. Otras nuevas visitas vinieron a interrumpirla. Entre los visitantes de categoría, entró Marchand, el hombre de negocios que financiaba las revistas presentadas por Malardot y a quien éste acababa de recomendar a Zazá que fuese amable con él porque era «el dueño del teatro»; además, era el que le había mandado el champán, y justo es que fuese agradecida. Así estaba dispuesta a manifestarlo cuando la entrada de Florianne en el cuarto vino a indisponerla. Florianne, que era la amante oficial de Marchand, no podía tolerar que éste rindiera excesiva pleitesía a su enemiga artística; mucho menos, tolerar que él estuviese en el cuarto de ella frecuentemente. Por esto, Florianne, al presentarse frente a su enemiga, dijo sin más contemplaciones:

—Zazá; ¿ya tiene toda la gen-

te que necesita, o quiere que le mande a los tramoyistas?

—No, querida. Quédese los usted, si puede—bromeó la interpelada.

Pero Florianne, sin poder reprimirse, exultó:

—¡Antipática! ¡Grillo estúpido!

—¡Chicas! ¡Chicas! —intervino, conciliante, Malardot.

Mas Zazá, fuera de sí, aunque vuelta de espaldas a Florianne para no interrumpir su maquillaje frente al espejo, replicó exaltada:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí o le... —Y con una pierna hizo ademán de darle una patada. Lo que, observado por Florianne, la indujo decir, incapaz de creerlo:

—Será bastante ordinaria para tirar coces. Pero, en contra de lo que Florianne suponía:

—Yo creo que sí —repuso—. Y alargó su pierna con tal coraje, dirigiéndose hacia ella, que su enemiga salió del camerino a todo escape, alarmada.

Pero Cascart la contuvo, enseñándole su gran reloj Roscof con gruesa cadena, para decirla, ante Malardot y Marchand:

—Zazá: las nueve y veintidós. Anda, anda.

—Lo sé, lo sé. Me estoy vistiendo. ¿Ves? corrigió Zazá re-

primiéndose—. Estaré lista... en quince segundos.

Y abandonando el cuarto de Cascart se dirigió a su camerino, donde la esperaba, para vestirla, su vieja y fiel acompañante de correrías.

Al ver ésta entrar a su señorita, la dijo, apremiante:

—Vénga, dése prisa ahora.

Mas Zazá, dirigiéndose a una polvorienta y gran muñeca, especie de amuleto que tenía sobre su tocador, la cogió con mimo, contemplante. Y después de perfumarla, explicó:

—Aquí está Jeannette. La encontré en un montón de basura una noche, cuando «Muddy» me mandó a la calle por leña. Es mi amiga más antigua... ¡Uf! Necesita un poco de perfume.

—Es una lástima malgastar ese perfume para una muñeca así, teniendo en cuenta lo caro que es —replicó Natalia.

—Ella lo merece. Si no tuviera suerte, no podría gastar perfumes caros. —Y escondiéndose detrás de un biombo «viejo estilo» para vestirse, suspiro—: Siéntate mientras me cambio.

En el camerino de Zazá entró Cascart; que, al oír sus últimas palabras, añadió sentándose:

—Sí; tenemos suerte, desde

luego. Ahora nos reclaman Marsella, Vichy y Lyon. ¡Uf! Nos vamos acercando cada vez más a los grandes ingresos.

—Querido viejo Cascart. Tú me encontraste del mismo modo que yo encontré a Jeannette, ¿verdad?

—Ahora no pierdas la cabeza, nena, y en poco tiempo conseguiré que cantes en París.

—¿En París?—exclamó Zazá, ilusionada.

—¿Por qué no? Nunca has estado en París, ¿verdad? Y quieres ir, ¿no es eso?

—Siempre he soñado con ello.

—Tú lo conseguirás. Pero no has de darle todo el dinero a esa vieja esponja que tienes por madrastra.

—Ya sabes que no me gusta que hables así de «Muddy». Sin ella, ¿quién se hubiese cuidado de mí?

—Ya te lo he oído muchas veces. Y tú te has cuidado de ella... desde que fuiste lo bastante grande para cantar en una esquina de la calle con un platillo en la mano.

—¡Calla, calla!

—Bueno; aprende esa nueva canción antes del ensayo de esta noche desvió Cascart.

Vino a interrumpirles en su

diálogo la entrada de Anais, que llegaba hecha un verdadero flojipondio, con lo mejor de su indumentaria y su pedrería; chorrera de encajes; sombrero grande con pájaros; arracadas en las orejas; alfiler brillante y collar largo sobre el pecho; enormes sortijas en los dedos... y un color encendido en la cara, desentonante del conjunto, pese al fondo de elegancia. Al aparecer comenzó echando pipos a Zazá, «por lo encantadora y bonita que estaba aquella noche». Pero en seguida, yéndose derecha al tocador para contemplarse, aclaró:

—Déjame mirarme al espejo. Creo que necesito un poco de colorete.

Y después de arreglarse a conciencia, y de poner algunas faltas al traje de la artista, reanudó, después de insultar al «idiota e imbécil de Cascart», que salió de la habitación por no regañar con ella:

—¡Ah, ese Cascart! ¿Quién se ha creído que es?

—Vámonos, olvídala a Cascart. Dime, ¿por qué has venido aquí esta noche?

—Pues... para verte.

—¡Uf! ¿Y qué más?

—Pues... se trata de un asunto, de una pequeña deuda, hija

mía. Necesito cincuenta francos.

—No, Veinticinco.

—Te diré la buena ventura con las cartas.

—Bueno, esto es distinto.

—Desea algo, nena.

—Ya lo he deseado. ¿Se cumplirá mi deseo o no?

—Treinta francos.

—Déseos, Natalia.

—Ya sabía yo que se los daría rezongó Natalia.

Practicó Anais con los naipes la buena ventura, para asegurarle que «se cumplirían sus deseos», mientras Zazá terminaba de perfilarse. Cuando estuvo lista ya, comprendiendo que aún le sobraba tiempo para observar algo detrás del escenario, se dirigió a este lugar, aproximándose a Florianne, que estaba a punto de salir para su número y decirle:

—Está allí, como todas las noches. Voy a cenar con él. ¿Qué me dice a esto?

—Digo que no lo creo.

Mas como Florianne iniciase entre bastidores su canción de triple ligera, con muchos gorgoritos, exclamó Zazá, abriendo la boca y cogiéndose las narices:

—¡Desafina! Ya verá con quien iré a cenar esta noche; ya lo verá.

Al volver a su camerino conta-

ba Zazá a Natalia cómo habría puesto de rabiosa a su enemiga al salir para actuar cuando requirió desde la puerta Bussy, que llevaba la mayor y más linda de sus chalinas:

—¿Puedes recibirme?

—¡Ah!, Bussy —exclamó Zazá alegre, al verle. Y maquinando *in mente* el plan preconcebido, comenzó, disponiéndose al ataque: —Ya está aquí Bussy. ¿No es el señor Bussy un hombre encantador, Natalia? Pasa, pasa, siéntate. Más cerca. Siempre vas tan elegante, ¿verdad?

—¡Cuántas cosas agradables me dices esta noche! —dijo Bussy, tan extrañado como agradecido.

—Siempre digo de ti cosas agradables, ¿verdad Natalia?

—¡Uh! —rezongó la interpe-lada.

—Siempre digo que no sólo eres un compositor maravilloso, sino también un buen amigo.

—Muchas gracias. ¿Quieres un cigarrillo?

—No tengo tiempo. Pero adoro tus cigarrillos. Bueno, ¿y qué hay de aquéllo?

—¡Ah! ¿Aquéllo qué?

—Me prometiste que arreglarías algo para mí.

Z A Z A

—Ah, sí; te refieres a Dufresne, ¿no es eso?

—Sí.

—No, no puede.

—¿No puede?

—No; saldrá en el último tren para París. Y ahora, referente a esta canción, creo que es demasiado buena para un sitio como éste. Es algo de más categoría, ¿no crees?

—¡Uf! —refunfuñó Zazá al oírle, disgustada.

Y como Bussy se diese cuenta del disgusto de la artista, inquirió más extrañado:

—Bueno, ¿qué te pasa? Empiezas por decirme una serie de cosas agradables, y luego no me dices nada. ¿No puedes decirme algo?

—Sí que puedo decirte algo. Ni siquiera he mirado tu canción.

—¿Qué?...

—Y si crees haber compuesto alguna vez algo que sea demasiado bueno para alguien, estás loco.

—Pero ahora mismo me decías...

—No has escrito nada bueno y nunca lo harás.

—Pero, ¿por qué dijiste?...

—Estoy harta de tratar de dar vida a las canciones de una persona que no quiere hacer nada por mí.

—¡Ah, ahora comprendo! Oye, ¿de veras estás interesada por Dufresne? ¿Eh?

—Eres tan tonto como tus canciones.

—Al fin y al cabo, hay otros hombres simpáticos en St. Mery.

—¿Como tú, por ejemplo?

—Bueno. Me encuentras elegante, te gustan mis cigarrillos...

—Oye: si quieres agradarme y que cante tus canciones, tráete a Dufresnes y preséntamelo.

—Pero te digo que tiene que tomar el tren. No podrá estar más de cinco minutos.

Les interrumpió el traspunte, para advertir:

—¿Lista? ¿Señorita Zazá?

—Voy, voy —replicó ella. Y volviéndose a Bussy, recabó— Si viene cinco minutos puede ser que ya no tome el tren.

—No confíes demasiado.

—¿Por qué no he de confiar? ¿No crees que sea capaz de hacer cambiar de planes a un hombre?

—Sí. Bueno. A mí, sí... pero a Dufresne, no.

—Sin embargo, lo intentaremos.

—Se separaron de momento porque ella escuchó en el escenario la voz de Cascart, que cantaba solo un número antes de salir jun-

tos. Rápidamente ciñó sobre su cuerpo su precioso vestido de cupletista, con bordados de oro y lentejuelas, que dejaba al descubierto unas piernas admirables, unas brazos primorosos y un descote sugestivo por el encanto del inicio de unos senos túrgidos y esplendentes; colocó sobre su cabeza un sombrero alto, también con muchas flores y lentejuelas; avivó el rojo de sus labios... Y en fin, llena de vida y sonriendo, se preparó para salir a escena con Cascart —que vestía un pantalón y una especie de chaquetilla con faldones a grandes franjas azules y encarnadas.

Era el de los dos un número alegre, algo picaresco, que el público reía y coreaba una y otra noche, seducido por el arte del notable caricato y los gestos y graciosos movimientos de la «vedette», colmándolos de aplausos. La letra del cuplé era lo de menos; lo esencial estaba en la música y el ritmo de la pareja. Así, todas las noches sin cansancio del público, seguían repitiendo, entre otros más audaces, el mismo soniquete:

«Nous voudrions toujours  
le joyeux amour...»

Entretanto Zazá y Cascart actuaban en escena, Bussy pasó al público, buscando con afán a Dufresne entre los asistentes al cabaret. Le halló junto a una mesa inmediata al escenario, degustando un aperitivo. Y sentándose a su lado con un futil pretexto, empezó a hablar de lo que, en subconsciencia, a los dos interesaba. Así, aprovechando un momento de éxtasis de Dufresne por la artista, inquirió:

—En realidad, está loco por ella, ¿verdad?

—¿No lo está todo el mundo? —respondió Dufresne, preguntando a su vez.

—Entonces, no comprendo el motivo. ¿por qué no quiere venir entre bastidores para conocerla?

—Conocerla ya es distinto.

—Creo que, al menos, podría sacrificar cinco minutos para hacerle un favor a un gran artista.

—No le entiendo.

—Pues, la cosa es la siguiente. Zaza no quiere siquiera ensayar mi nueva canción si no le presento a usted esta noche.

—¡Es absurdo! No lo creo.

—Pero es cierto. Y le he prometido que le llevaría a usted, aunque sólo fuera cinco minutos antes de que tome usted el tren.

Z A Z A

—Lo siento, es imposible. Quizá perdería el tren si estuviera cinco minutos al lado de esa muchacha.

—Pues esto sí que es gracioso. Dice usted lo mismo que ha dicho ella.

—¿Qué?

—Que si estuviera cinco minutos ya no querría tomar el tren. Incluso confía en ello.

—¿Cómo?

—Usted le agrada mucho y ella procura atraerle.

—No me es posible... Pero debo acceder.

—Tendrá tiempo. Haré esperar un coche en la puerta de entrada al escenario que le llevará rápidamente a su destino, exactamente cinco minutos después de haberle presentado.

—No, amigo mío. Voy a ser franco con usted. Su Zazá me atrae demasiado y tengo muy buen motivo para preferir verla desde este lado de las candilejas. De todos modos, tal encuentro sería un disparate, un gran error.

Pero, en contra de sus propósitos, accedió al fin ser presentado a Zazá. Y héte aquí a Dufresne —amable, correcto— perdido entre tramoya con Bussy, para llegar al cuarto de la «vedette».

Mas Zazá, que ya le vió venir

desde lejos, deseando quedar sola en su camerino, dijo, gozosa de triunfo, a su doncella:

—¡Natalia, Natalia! ¡Márchate y no vuelvas! Incluso, si te llamo, no vuelvas.

—¿Qué está tramando?—achujo Natalia.

—Nada importante. Voy a hacer cambiar de opinión a un hombre para que, en vez de marcharse a París, me lleve a cenar, para demostrar a Florianne que me ha invitado; lo que no ha hecho aún. ¡Fuera! ¡Fuera!

Pocos segundos después de salir Natalia del camerino, se hallaba frente a su puerta Bernard Dufresne, siempre acompañado de Bussy, que saludó a Florianne, que pasaba por este mismo sitio. Y penetrando en el cuarto de Zazá, el músico hizo las presentaciones:

—El señor Dufresne. La señorita Zazá.

—Pase, por favor. No hay mucho lujo, pero hay más tranquilidad que ahí fuera —facilitó Zazá, llena de gozo.

—Gracias —dijo Dufresne—. Me alegro tener esta oportunidad para decirle lo mucho que la admiro como artista, señorita Zazá.

—Siéntese, por favor.

—Verdaderamente, no tengo tiempo.

—Sí. Sólo por un momento. Tenga usted, puede ayudarme a aprender la nueva canción de Bussy facilitó Zazá, adelantándole unos papeles de música. Y añadió con un mohín picarillo:

—¿Quiere?

—Bien, si puedo...

—Todo lo que tiene que hacer es leerme la letra una o dos veces.

—¿Sólo una o dos veces?

—Y yo voy a encargarme de un coche —dijo Bussy despidiéndose, al pillar un gesto de la artista.

—¿De veras? Vaya —exclamó Dufresne sorprendido.

—Pues, siéntese y léame la letra —insinuó dulce Zazá.

Obedeció encantado, Dufresne, aunque receloso.

—No lo he hecho nunca. No creo que lo lea bien. ¡Uf!... «Densas gotas caen sobre el ventanal...» —comenzó leyendo.

—Es curioso —interrumpió Zazá, fijándose en su pelo.

—¿Qué? —dijo Dufresne.

—Aquel día en la estación, al quitarse el sombrero, su cabello parecía negro, y en esta luz parece casi dorado.

—¡Uf! Y con una luz mejor, plateado.

—¿Ya tiene canas, eh? Me

agrada. Pero sólo tiene tres o cuatro.

—Diría que al menos diez.

—¿De veras?

Y Bertrand siguió leyendo con el peor de los estilos: «Densas gotas caen sobre el ventanal, como una pantalla gris...»

Pero Zazá, que en todo se fijaba menos en lo que Dufresne leía, aduló:

—Tiene una voz muy agradable.

—«Déjame despierta, soñar contigo... que soy feliz así...»

—continuó Dufresne, un tanto ya intrigado, pero contenido.

—¡Y unas manos tan cuidadas —adujo la oyente, rozándolas con suavidad.

El roce de las manos fué el «árbete sépamo» que indujo a Dufresne para aproximarse a la «vedette» que siguió escuchando su lectura más pegada a él en el sofá: como en un férvido deseo de no perder ni sílaba de lo que aquel hombre elegante y persuasivo fuere diciendo...

Y Dufresne sin perder su compostura, pero ya bajo el encanto de las seducciones de Zazá, leía, leía:...

—Sol, vete; no penetres por el ventanal... que duerme mi

## Z A Z A

amor. Ve tras la nube tu luz a  
ocultar... No le hiezas tu fulgor...»

Con aquella lectura quedó firme y sellado su pacto de amor para siempre. Pero, suspendien-

do su monorritmo, Zazá, después de ver las notas musicales, prorrumpió a cantar con voz pausada, melodiosa... como nunca hubo cantado.

## CONSECUENCIAS DE UN «FLECHAZO»

DE aquella entrevista de Dufresne con la «estrella» del Alcázar en su camerino, nació una pasión que Zazá no quiso mezclar con su trabajo en los escenarios, por lo que abandonó el teatro y se fué a vivir con Dufresne, a pesar de las reconvenciones de Cascart y de Anaís. Consecuencia primera de este retiro extemporáneo de la artista fué la colocación de un letrero a la puerta del Alcázar que ponía: «Cerrado».

Con su alejamiento del teatro, el concurrido «cabaret al aire libre» se vió casi desierto a todas horas. Con sus puertas cerradas, las mesas del jardín, que se lle-

naban de espectadores, estaban hoy vacías y más sucias. Hubo que decidirse a ensayar un nuevo repertorio, con idea de atraer a la gente. Y ensayando se encontraba una tarde, junto a un piano en el tabladorillo, la lírica Florianne con Bussy y Malardot, cuando la desgana en el autor de las canciones y la desilusión, disimulada en el empresario, indujeron a decir a la cantante:

—Bueno. ¿Qué pasa ahora?

—¡Oh sienta —cortó Bussy—; ésta es una de esas canciones que usted no puede cantar.

—Yo canto cien veces mejor que su linda Zazá.

—¡Sí, tiene usted muy buena

voz, Florianne! —adujo Malardot, conciliante.

—Y, al fin y al cabo, ahora que ella se va a retirar del teatro —recabó Florianne.

La presencia de Cascart en el jardín del teatrillo vino a variar las conversaciones.

Vestía aquí ahora un traje gris a cuadros, bien costecionado, con sombrero hongo marrón y corbata grande y nuevecita; tratando dar un tono alegre a su mustia fisonomía.

No bien le divisaron los ensayistas, corrieron todos a su encuentro, anonadándole con sus preguntas.

—¡Uy! Miren quien viene ahí comentó Florianne, extrañada.

—¡Dichosos los ojos! —continuó Malardot, alborozado.

—¡Caramba, Cascart! —adujo Bussy, tendiéndole la mano.

—¿De dónde sale este hombre?

—¿Qué hay, amigos? ¿Qué tal, Florianne? —respondió Cascart, saludando uno a uno.

—¡Qué alegría verte!

—¿Qué hay? —preguntó a su vez Cascart, tomando asiento.

—¿Qué, dónde han estado du-

rante los últimos seis meses? —dijo intrigado Bussy.

—¿Dónde he estado, será lo que querrá decir... y tres meses, en realidad; no seis —empezó explicando Cascart.

—¿Cómo está Zazá?

—¿Usted lo sabe? —dijo el caricato.

—¡Ah!... ¿Quiere decir que no la ha visto?

—Ya sabía yo que le daría un mal pago —intervino Florianne—. Esa es una desagradecida. Ya se veía que no hacía caso a nadie... excepto a Dufresne.

—Yo no tengo queja de ella, la verdad... Yo quería que ella trabajase, y ella no quiere trabajar... ¡Je! ¿Y para qué discutir?

—¿Qué demonio ha trastornado a esa muchacha?

—¡Hum!... La felicidad.

—¿Y la felicidad conduce a alguna parte? —adujo Malardot.

—El defecto de la felicidad es que no es eterna.

—¡Uh!... Ella cree que la suya va a serlo al casarse con Dufresne... y no le importa dejarme a mí... y al número.

—La verdad es... que fué Cascart quien consiguió el éxito. ¡Ah!, ¡que más quisiera yo que

me aceptase usted! «Cascart y Florianne», ¿eh?... ¿Qué le parece?...

—Pues... tengo que consultarlo con Zazá antes de poder contestarle sí o no.

—¡Pero si ese amor por Dufresne no le deja un rato libre!

—No durará gran cosa; yo sé cómo evitarlo.

—¿Qué?

—¿Cómo?

—Entonces, ¿por qué no lo evitó antes?

—Pues... porque antes yo no sabía todo lo que sé ahora... respecto a él.

—Hay por medio otra mujer, ¿eh? —insinuó Florianne.

—Yo no he dicho eso.

Comprendiendo que las preguntas se hacían indiscretas en demasía, y con ánimo de obtener para sí sólo información, Malardot cogió del brazo a Cascart, interrumpiendo vivamente:

—¡Ah! Venga, venga a tomar algo—y se le llevó hacia el bar, donde él mismo le sirvió unas copitas de licores de su agrado. Mientras bebían, frente frente en el mostrador, Malardot sonsacó a Cascart:

—Usted siempre se ha preocupado por Zazá ¿verdad?

—Sí; yo hubiera sido un buen padre, sin duda.

—¡Eh!... Cascart... dígame... ¿es algo relacionado con otra mujer?

—Sí. Zazá no es la única.

—Dígaselo... Sufrirá, pero se curará.

—No le doy ese disgusto... Si ella quisiera ser razonable, yo no diría nada en contra de él.

—Sin embargo hay que hacer algo, y es mejor que sea cuanto antes.

—Sí; algo se hará... No se puede seguir viviendo de ilusiones eternamente.

Al decirlo, tomó un gesto sombrío, huraño, que reanimó, no obstante, a Malardot. Este se hallaba contento con la noticia.

Después de libar juntos, volvieron donde se hallaban Florianne y Bussy. La cantante y el músico, después de los ensayos, habían retocado sus figuras y estaban elegantes sin desenvoltura; Florianne —rubia sempiterna—, con un vestido de chaquetita cerrada, con muchos adornos y agremanes, y un gran bolso de plata con colgantes; Bussy, con

Z A Z A

un traje «último grito año 1905», chalina negra y flor blanca en el ojal. En aquel conjunto de personas bien vestidas sólo Malar-dot desentonaba: en mangas de camisa, chaleco azul con flores encarnadas, corbata grande y cue-

llo de pajarita; monóculo en el ojo izquierdo y el sombrero de copa siempre puesto.

Cascart volvió a estrechar las manos de sus amigos una a una, con gesto alegre ahora, y se despidió de ellos, pensativo.

## EN PLENO IDILIO

ENTRETANTO que en el escenario del Alcázar se sucedían escenas como la relatada, Zazá era feliz rocodeándose con su falaz amor al lado de Dufresna, que la adoraba, pese a los breves momentos que podían estar juntos.

Para dar un matiz íntimo, sin duda, a sus coloquios amorosos, habían alquilado y amueblado coquetonamente un retirado apartamento en Saint Mery, lejos del teatrillo.

Era el suyo un idilio de dos almas que se creían semejantes y pensaban obtener su plenitud de fuego y de pasión a base de un amor inolvidable.

Para conseguirlo, ella fiaba en el encanto de sus ojos grandes,

atetciopelados; en su boca, fresca y encendida; en la gracia de los hoyuelos de sus mejillas; la esbeltez de su cuerpo; la suavidad de su piel sonrosada... en la seducción y en la elegancia de su arrogante figura, en fin. El, por su parte, era un hombre persuasor y bien compuesto; de ojos dulces, serenos, con bigote recortado sobre una boca ancha y varonil; alto y más bien grueso; de gran serenidad en su semblante, y una corrección exquisita en sus ademanes.

Junto a aquellos muebles y fruslerías delicadas, en su salita de estar, pasaban, por lo tanto, las horas más dichosas de su vida, no obstante las inquietudes que les atenazaban.

Y en íntimo coloquio se hallaban una tarde, sentados en un sofá de suaves muelles, cuando ella se levantó francamente disgustada.

—¡Oh!... —exclamó Zazá, apartándose de su vena.

—¿Qué?... ¿Qué pasa? —dijo él extrañado.

—Intento conseguir que prestes atención a lo que estoy diciendo.

—¡Si he oído todo lo que acabas de decir!

—No, no... no... Sólo escuchas siempre a medias. Quisiera saber qué te preocupa.

—Té lo diré.

—No... no, no, no. Si has de decirme que te has de marchar... no quiero pensar en cosas desagradables mientras estemos juntos —prosiguió Zazá, volviendo junto a él.

—No yo, Zazá... pero ya falta poco para salir el tren.

—¡Ah, ese tren que siempre está saliendo y llevándote lejos de mí!

—Y trayéndote luego.

—Sí, pero nunca me llevas a París contigo.

—Claro que no. Descuidaría mis negocios por adorarte.

—Sí, lo sé. Yo tampoco quie-

ro que me molesten Cascart y sus contratos cuando estás aquí.

—También eso me preocupa. Yo te impido trabajar.

—¿Y por qué no has de hacerlo?

—Porque no tengo derecho... y mi conciencia no está tranquila.

—¿Por qué te vas a América el mes próximo?

—Me tenía que haber ido hace ya varias semanas.

—¡Si pensara que te has cansado ya de mí!...

—¿Cansarme de ti?... ¡Nunca me cansaré de ti!... Pero he de irme; voy a perder el tren.

—¡Ah!... ¡Si te vas a América me moriré.

—¡Ja, ja! ¡Qué cosas dices!

—No... no te rías..., lo presiento... ¡Ah!... ¡no te vayas!...

—Zazá, sé razonable.

—Si fuera razonable no estaría enamorada de este modo.

—Ni yo.

—¿Por qué has de irte a América ahora?

—Negocios... dinero.

—¡Ah!; negocios, dinero, negocios, dinero. Es en lo único en que pensáis los hombres.

—No he pensado mucho en ello durante estos meses.

—Llévame a América contigo.

—¡Es, que no puede ser!

—¡Oh!... —protestó Zazá, llorosa.

—He de ir al hotel a recoger mi maleta.

—¿No tienes hambre?... No...

—No... Echame de aquí, si no... se me escapará el tren... y no volveré tan pronto.

Dufresne se puso en pie, decidido para marcharse. Entonces, Zazá llamó a grandes voces a Natalia para decirle que fuese a buscar el coche para el señor (que la doncella, previsoramente, ya había encargado) y le trajese el abrigo a toda prisa.

Mientras Natalia fué por la prenda requerida, Dufresne dijo, pesaroso:

—¡Pobre Natalia!... Nunca podré pagarle las molestias que le causo... y también tú...

—No digas eso... Lo único que has de hacer... es quererme...

—¡Y te quiero!... ¡Te quiero!

—Tenga usted —cortó Natalia, entrando con el abrigo y dispuesta a colocárselo.

—¡No! Sólo te he dicho que lo traigas, que ya se lo pondré yo —dijo Zazá, mimosa, cogiendo el magnífico gabán, para ponérselo ella misma. Y mientras se lo ponía agregó, entusiasmada:

—Es un hombre elegante, ¿no es cierto, Natalia?

—Sí, un cramo, ¿eh? —bromeó él.

—No está mal —dijo Natalia por decir algo.

—¡Ah! Los dos queréis burlaros de mí. Tú... ¿tú te has fijado qué separados tiene los ojos? Una puede fiarse de él.

—¡Ah! ¿tú crees?

—Pero yo no me fiaría de dejarlo entre mujeres. Retírate, Natalia.

—Les queda poco tiempo para despedirse —recabó Natalia, dispuesta para marcharse.

Iba Bertrand a salir cuando Zazá, anhelante de seguir al lado de su amor el más tiempo posible, se dispuso a acompañarle a la estación, echándose un abrigo de pieles por encima de la bata suntuosa con que estaba. Pero él, más entusiasmado, le dijo, sacándole del alma:

—¡Ven conmigo!

—¿Qué?... Pero, ¿así? —inquirió Zazá, por su «deshabillée».

—Puedes tomar el tren de regreso en cualquier estación.

—¿No te causaré demasiado gasto?

—Sí, claro —bromeó Dufresne, cogiéndola del brazo hasta el tren que los llevaría.

Una vez instalados en el expreso de lujo, donde iban solos,

Zazá no dejaba de expresar su admiración por doble motivo: el de continuar un rato prolongado a la vez de su martelo y el de hallarse en un vagón tan distinto de aquellos sucios en que viajaba con su antigua compañía. Y arrellanada en los divanes, pegándose a Dufresne, le dijo varias veces:

—¡ Ah, qué elegante es esto !  
¡ Ooh !... Nunca he visto nada nada tan magnífico... y tan aseado... ¡ Gracias... gracias !

—¡ Qué criatura ! ¿ Tanto te encanta viajar en un compartimento de lujo ?

—¡ Viajar en él contigo... es encantador ! De seguro que no hay ni un bichito en el coche.

Y como en aquellos momentos penetrase en el vagón la plateada luz de la luna, Zazá, mostrándosela a Dufresne, continuó:

—¡ Ah, la luna !... ¡ Mira cómo nos «compaña» !

Aun hubo de seguir pegada a él, entre miles de arrumacos y zalamerías, algunos minutos más «en crescendo» amortoso. Pero la llegada a la estación donde ella había de apearse de aquel tren, para regresar a la de Saint Mery en otro menos cómodo, interrumpió el dulce coloquio. Entonces ella, —apenada, gembunda—, se despidió de Bertrand para volver al nido de su amor más triste que nunca.

## UNA NOTICIA BOMBA

CUANDO Zazá se halló de nuevo en su domicilio encontróse con la sorpresa de ver juntos a Anais y a Cascart, departiendo en amigable compañía y dispuestos a entenderse con una sobria comida, que, de común acuerdo, habían preparado. Al verlos tan unidos Zazá no pudo reprimir un gesto de extrañeza, y preguntó:

—¿Qué es esto? ¿«Muddy» y mi viejo Cascart en tan estrecha armonía? ¡Y no hay ningún mueble roto!

—Sí; los dos hemos tenido nuestras riñas —¿quién no las tiene?— pero yo sabía que él velaba por tus intereses, que es lo más que se puede decir de un

hombre —aclaró Anais por todo comentario.

—Has cambiado de tono, «Muddy». ¡Uf! Huele algo bueno.

—Yo no he cambiado de tono; siempre he admirado al señor Cascart. Ayer, sin ir más lejos, le dije a ese hombre tan simpático; al empresario, señor Marchand...

—¡Ah!, no me lo menciones siquiera.

—Le dije que me alegraría de que mi hija volviera a tener buenas relaciones con sus buenos amigos.

Pero Zazá, sin hacer caso, ante la presencia de la comida, interrumpió:

—¡Ah! hay sopa de cebolla,

Z A Z A

¿eh? Siéntate, «Muddy». Y dirigiéndose a su antiguo compañero de teatro, a la vez que tomaba asiento:

—Siéntate, si quieres: sopa, Cascart.

—Ande, señor Cascart; llegue a un acuerdo con ella—prosiguió «Muddy».

—Aquí está. Nos solicitan de Marsella—empezó Cascart sentándose.

—¡Marsella!... Está muy lejos.

—Si es por eso, tengo una oferta para volver al Alcázar.

—¡Ah!, el Alcázar. ¡Tan cerca!

—¿Qué es eso de tan lejos o tan cerca? Habla claro.

—No quiero volver al Alcázar.

—¿Por qué no? —preguntó Anais.

—Es que... conozco demasiada gente allí... Todo sería: «Zazá esto; Zazá lo otro, Zazá por aquí y por allá...» ¡Uf!... Esto huele bien, Natalia—desvió Zará, al ver entrar a su doncella con otro plato.

—¡Hum! Ya sé que has hecho un viaje a París.

—No del todo. Y está muy bueno también.

—¿Con esa ropa? —inquirió Anais de nuevo.

—Sí, ¿Qué más tiene?

—¡Uf!... Se vé que hay quien tiene dinero para tirarlo en viajecitos.

—Toma sopa, Cascart—. Zazá volvió a zafarse.

—Y yo sin poder pagar el alquiler.

—¿Tu alquiler?... Ayer mismo te mandé el dinero con Natalia.

—Sí, y ni siquiera un céntimo más.

—«Muddy»... es que hoy día no me sobran los céntimos, por desgracia.

—Eso es lo que me parte el corazón. Habría bastante dinero para todos si no fuera por ese Dufresne.

—Dame un cigarrillo, Natalia—disuadió Natalia, levantándose.

—Siéntese, nena, y coma algo—intervino Natalia.

—No; entre los dos me han quitado ya el apetito. Es lo mismo que en los viejos tiempos; tú, dinero; éste, sus contratos, trabajo, ¡peleas!

Habían terminado de comer y cada uno se fué a un sitio diferente de la casa: Anais y Natalia a la cocina; Zazá y Cascart a un estudio-gabinete, donde había instalado un piano. Pero, al minuto de estar juntos, Zazá se fué

a tender sobre la cama de su alcoba situada a pocos pasos del piano y dar a conocer a su pareja de un modo discreto, la canción que ensayaban en el Alcázar, escrita para ella.

—Será esta canción tan buena como me parece? —comenzó, preludiándola—. Florianne la estuvo repasando ayer.

Y prosiguió cantando, a la vez que la interpretaba en el piano. Pero Zazá, que le escuchaba, no pudo reprimirse y dijo, sin levantarse:

—Demasiado aprisa. Ha de ser lento.

Cascart siguió, en vista de ello. Hasta que consiguió que Zazá se levantase de la cama, preocupada por lo dicho, y volviese junto a él para decirle con despecho:

—¡Florianne! ¡Cómo si ella pudiera cantar eso!

Y se puso a cantar la canción-cilla a la vista de la música, acompañada por Cascart en el piano. Pero, de repente se paró, decepcionad por la letra, exclamando:

—¡Ah, que canción tan tonta!

—Sigue —la dijo Cascart, animándola.

—¡Bah!... ¿Sólo diría «Hola, vida mía», si nos volviéramos a encontrar? O se está enamorado,

o no se está enamorado. Y, desde luego, no se dice: «Hola, vida mía», del modo que tú lo dices, se esté o no.

—Claro, tú opinas así porque estás enamorada. Pero, ¿en qué crees que va a terminar todo esto?... Yo sería feliz si te pudiera elevar al puesto que te mereces... aunque yo no volviera a pisar las tablas nunca. Pero, ¿cómo he de ayudarte si no piensas en ti misma!

—Es ahora cuando pienso en mí misma por primera vez en mi vida, Cascart.

—Yo te he visto enamorada otras veces... y en unas semanas ya se te había pasado. Esta vez será igual. Cualquiera día tendrás un desengaño.

—¡Cascart!... Siempre que tú hablas de amor... hablas igual... igual que habla el ciego de los colores que nunca ha visto. Es lo que me ocurría a mí antes de esto.

—Y prosiguió Zazá reconcentrada—. ¡Si tú supieras qué hombre tan admirable es! ¡Tan bondadoso, tan inteligente!... ¡Cuánto me quiere!... Y qué orgullosa estoy de su amor.

—No durará.

—¿Por qué no?

—Por siempre, no.

—¿No?... Tanto pecar para mí, entonces.

—Sé razonable. ¿Qué es lo que puedes esperar?

—Que al menos dure hasta que yo deje de existir.

—¿Qué? —dijo Cascart, alarmado.

—Es lo menos que puedo esperar, ¿entiendes?

Hubo una pausa en la que él meditó si debía decidirse a dar cuenta a Zazá de la noticia que pudiera desasosegarla, en vez de alzar su ánimo. Y encaminado a obrar según se presentasen los acontecimientos, inició a base de sondeo:

—Natalia me ha dicho que él va a irse a América en seguida.

—Sí, por varios meses.

—¿Tal vez te propones acompañarle?

—Si él quisiera llevarme, sí que iría.

—Sí, claro... ¿Y nuestro número, qué?... Veo que te mereces que te digan unas cuantas cosas y te las diré.

Y prosiguió, dispuesto al ataque:

—¿Qué sabes tú de él, en realidad? ¿Sabes lo que le lleva a América? ¿Sabes de dónde viene... o adónde va después de de-

jarte a ti? Y... ¿sabes si es casado o no?

La interrogación dudosa, al parecer, chocó como una bomba en el cerebro de Zazá, que, aunque descreída de la noticia y confiada de su amor, la hizo pensar un punto en la posible verisimilitud de lo indicado, no obstante intentase paliarla con su burla, riéndose de Cascart.

Y así, le dijo a éste:

—¿Casado?... ¡Oh!... ¡Casado! ¡Ah, no Cascart!... Estoy bien segura de eso. No es casado y puedo darte mi palabra de que no lo es.

—¿Cómo lo sabes?—indagó el caricato.

—¿Te figuras que soy boba? Estoy convencida de que no existe ningún obstáculo entre él y yo... y no tardará mucho en pedirme que me case con él. No seas tonto. Seré su mujer, no lo dudes... ¡No me hagas reír, Cascart.

—Si no es casado ese hombre, así lo parece al menos.

—¿Qué? —saltó Zazá alarmada.

—Te digo que... que hay alguien en París... Lo sé.

—¿Cómo lo sabes? ¡Dime!

—No lo tomes así.

—¡ Te he dicho cómo lo sabes !  
¿ Qué es lo que sabes ?

— Yo mismo lo he visto.

— ¿ Cuándo ?

— La semana pasada.

— ¿ Dónde ?

— En París... en un teatro.

— Tú, tú, tú lo has visto... en París... ¿ con una mujer ?

— Sí ; una verdadera señora... de eso no cabía duda. Y al salir cogidos del brazo... estando tan cerca de mí como tú estás ahora, ella le dijo... « Vamos a tomar chocolate antes de ir a casa, querido ». ¿ No te das cuenta de que si hubiera sido una chica cualquiera no hubiese hablado así ?

— Gracias. ¡ Su mujer !... ¡ Ah, no, no, no ! ¡ Es imposible ! Dicen que las pobres mujeres de París se esfuerzan hoy en que las confundan con señoras... Será una mujer que esté enamorada de él... y a quien no puede negarse a acompañarla. ¡ El es tan bueno !... Detesta desairar a nadie.

Pero, a pesar de sus palabras, Zazá quedó atravesada interiormente. Así, cada vez más intriguada, consultó :

— ¿ Y cómo era ?

— Guapa.

— Pero, ¿ de cierta edad ?

— No ; joven.

— ¿ Joven ? ¿ Flaca ?

— No, un buen tipo.

— ¿ Dices que pidió chocolate ?

— Sí ; es lo que las señoras respetables suelen tomar a la salida del teatro.

— ¡ Chocolate !... Chocolate, ¿ eh ?... No me lo has dicho hasta ahora, y hace una semana que lo sabes.

— ¿ Qué podías hacer tú ?

— ¿ Qué podía ?... Podía haberlo aclarado con él.

— Pero supongamos que fuera su mujer.

— ¡ Ah !, no digas disparates — dijo tirando una silla.

— ¿ Quién rompe los muebles, ahora ?

De tal modo creció el enojo de Zazá, se puso a dar tales voces, que Anaís y Natalia comparecieron asustadas. Al verlas, Zazá se dirigió a su doncella como una tabla de salvación, para decirle :

— Natalia... dice que ha visto... al señor Dufresne con una mujer.

— No se ponga así, nena. Cállese. — trató Natalia de apaciguarla —. Aunque así sea, no tendrá importancia. El la quiere a usted.

— ¡ Sí, sí ! Es cierto, ¿ verdad que sí ? — se afirmó Zazá, cogiendo por las manos a su doncella.

— Pero Anaís volvió a descon-

Z A Z A



—¡Oye, Zazá; aquí tengo tu desayuno!

«Alcázar» (Cabaret). —  
Zazá y Cascari. Tercera se-  
mana triunfal.



—¡Desafina! Ya verás  
con quien voy a cenar esta  
noche, ya lo verás.



—Simone, ¿qué te pasa?  
—Nada—respondió ésta  
atribulada.

Z A Z A



—En realidad está loco por ella, ¿verdad?..

—¿No lo está todo el mundo?

—Zará las nueve y veintidós; despáchate.



Cascart volvió a estrechar las manos de sus amigos una a una.



—Aquí está, Jeannette. La encontré en un montón de basura esta noche.

Z A Z A



—No se puede seguir vi-  
viendo de ilusiones eterna-  
mente

—¡Cuántas cosas agra-  
dables me dices esta no-  
che!



Zazá dió con una carta dirigida a la señorita María Dufréna.



Era el de los dos un número alegre y algo picaresco.

Z A Z A



—¡Ay, Muddy, qué desgraciada soy!

—Tenga usted, puede ayudarme a aprender la nueva canción de Bosny.



—Desde un principio  
creí que nuestro encuentro  
sería un grave error.



Casi siempre, vestido de  
etiqueta, Cascart ensayaba  
ante Natalia su discurso.

solarla, arrimando el ascua a su sardina:

—Nunca me ha parecido un hombre franco —dijo—. Tiene los ojos demasiado juntos.

—¡Eso no es verdad! ¡No los tiene!

—Al fin y al cabo no hay motivo para disgustarte tanto—intercedió Cascart de nuevo.

—¿Aún le defiendes?... ¡Ah, así son los hombres! Siempre se ayudan todos ellos —adujo Zazá.

—Pero tú no eres su mujer.

—Yo le creo leal. El no tiene por qué engañarme. Es incapaz de fingir; es bueno y no le mentiría a quien tanto le quiere.

—No te preocupes, hijita, que aun nos tenemos la una a la otra —intervino la madrastra, amorosa.

Pero Zazá prosiguió su cantinela:

—¿Por qué razón tenía que ser cobarde... y permitir que yo lo averiguase por otros? Eso no es justo... y es lo que me duele.

—Supongo que ahora te darás cuenta de que es un bribón —remató Annais.

—Claro que sí.

—Y un embustero.

—Sí, es un embustero.

—Y tienes que olvidarlo.

—¡Jamás! —reaccionó la joven.

—Olvidalo, Zazá —aconsejó Cascart.

—¡Jamás, he dicho! ¡Jamás, en mi vida!

—Pero, hija mía, tu dignidad.

—¡Mi dignidad!... ¿Crees que voy a renunciar a mi felicidad sin defenderla?

Determinada a obrar como mejor procediese, cortó por lo sano, dirigiéndose a su fiel y antigua doncella. Y así la dijo:

—Ven, Natalia; dame un vestido cualquiera.

—¿Qué intentas? ¿Qué vas a hacer? —inquirió Cascart, al verla tan descompuesta.

—Lo sabré cuando le haya visto.

—¿Vas a ir a verle?

—¡Claro que iré a verle! ¿Tú crees que voy a poder comer, ni dormir, ni vivir un solo día más sin conocer la verdad?

—Espera a que él regrese y te explique...

—¡Narices! A él no le gusta que diga «narices», ¡pues, lo diré ahora! Se lo diré a él mismo y se lo diré a ella. ¡Narices!... ¡Narices!... ¡Narices!...

Cada vez más descompuesta, sin que nadie pudiera contenerla, agregó mientras se vestía:

—¡Chocolate! ¡Narices!.. Yo les envenenaré el chocolate. ¡ya lo veréis!... Y dejará de tomar chocolate con ella o me dejará a mí, y eso sé que no lo hará; no puede. Arréglate, Natalia, que nos vamos a París.

—¿A París? ¡Si llegas ahora!  
 ¿Qué le pasa a esta muchacha?  
 —se extrañó Anais, completamente asustada.

Una vez vestida y adornada con lo mejor de su ropaje, después de guardar en su bolso el dinero escondido cerca de su cama (para

que su madrastra no se lo quitase) y de beber unos tragos de un frasco que se llevó consigo, la ex artista salió de su nido prevenida para todo lo imaginable. Todavía en la puerta, Cascart la aconsejó:

—¡Zazá, no hagas tonterías!

—¡Déjame en paz!

—¿Qué intentas hacer?

—Voy a ayudarle a echarla...

Y si no puedo deshacerme de ella porque es demasiado blando, ¡yo no lo soy; ¡Ya le daré chocolate!

## EN LA BOCA DEL LOBO

**S**E encontró en París —su sueño dorado— cuando menos lo deseaba. Y de París, en la casa de Bertrand Dufresne, cuyas señas conocía anteriormente.

Al llamar a la puerta del domicilio de su amante, saltó a abrirlas una criada que, en ausencia de los señores y confundida con las órdenes que había recibido, hizo pasar a Zazá y a Natalia hasta la salita dedicada a las visitas de etiqueta. Mientras las acompañaba y dejó instaladas en la salita, la criada explicó:

—La señora ha tenido que salir, pero dijo que hiciera el favor de esperarla. ¿Usted es la señora

Duval a quien espera, no es verdad?

—Sí... Sí, eso es. Vamos —titubeó Zazá, penetrando.

—¿Tendrá la bondad de aguardar aquí? —dijo, al fin la criada, alejándose.

Cuando Zazá se halló a solas con Natalia en aquella suntuosa habitación, su primer pensamiento fué para comentar con su doncella la clase de mujer que habitaba en aquel piso. Y así, dijo a Natalia:

—Casart tenía razón: hay una mujer. «La señora ha tenido que salir», ¿has oído?

—Sí... Y va a regresar de un momento a otro —repuso Natalia.

—Pues, tendré gusto en verla.

—Pero, ¿y si vienen los dos?..  
¿O él primero?

—Pues, en ese caso... ¡en!...  
ya lo veremos.

—Está preocupada —inquirió  
Natalia.

—Claro que estoy preocupada;  
si no, no hubiera venido.

—A los hombres no les gustan  
las mujeres que les den disgustos.

—¡Hum! ¡Y las mujeres quieren  
a los hombres que se los den!  
Es gracioso —prosiguió Zazá,  
riendo—. Con que, ¿es aquí  
dónde vive? ¡Es su casa! ¡Ah,  
qué sensación más extraña siento  
al saber que estoy en ella!

Pero, pasado el primer susto,  
Zazá se contempló en un espejo  
que halló cerca y pasó revista a  
sí misma. No daba indicios de có-  
lera en su fisonomía. Su tocado  
era elegante y correctísimo, como  
de una gran señora: zapatos y  
falda de buen gusto; un abrigo  
de negras y ricas pieles hasta  
la cintura; guantes selectos; un  
sombbrero, negro también, arroso  
y con dos penachos de terciopelo;  
pendientes, collar y dijes, sencil-  
los y valiosos...; un conjunto  
dotado de gracia y de nobleza, en

fin. Su doncella también iba sen-  
cilla y bien vestida.

Después de mirar a sí misma,  
empezó a fijarse en los muebles,  
inquiriendo deducciones por los  
que había y comparando con los  
mejores de su nueva casa, que a  
ella le parecía tan elegante. Así,  
cuando Natalia le dijo que el  
visitado era «un piso bonito»,  
Zazá le respondió sin envidia,  
pero con pesadumbre:

—¡Más que el mío! ¡Demasiado  
bonito!

—¿Por qué? —preguntó Nata-  
lia.

—Porque... porque lo ha arre-  
glado una mujer. Aunque no lo  
supiera, lo notaría y lo vería. ¿Es  
esto un piso de soltero?

Y dando vueltas por la habi-  
tación discretamente, tocando y  
sopesando lo más llamativo, co-  
mentó:

—Un piano. No es suyo por-  
que no sabe tocar una nota. Es  
ella la aficionada a la música.  
Hasta en los rincones se vé la ma-  
no de mujer, y una mujer ena-  
morada. ¡Uf! Cuando él lle-  
gue a París... ella tocará en su  
honor... Pues, si a ella le gusta  
la música, ¡verá qué canción le  
cantaré! No le agradará dema-  
siado.

—¡Cállese! ¿Qué demomios va a decirle a esa mujer? —le atajó en sus fantasías la doncella.

—¡Qué sé yo! No traigo preparado ningún discurso... Le diré... le diré: «Está bien; quédense con sus preciosos muebles. Con que él me quiera me basta para ser feliz... y él lo dejará todo y se casará conmigo... y seremos muy felices donde vivo, aunque todo sea feo y sucio». ¡Ah, pero no importa. ¿Tú ves todo esto?, ¿todas estas chucherías, esas cortinas?... ¿Sabes qué significan?... Pues que me prefiere a mí... que únicamente es a mí a quien quiere de veras...

—Si está tan segura, ¿por qué hemos venido? —volvió Natalia a interrumpir a su señorita en sus fantasías.

Pero, cada vez más intrigada, siguió interrogándose:

—¿Qué clase de mujer será, al fin y al cabo?... Desde luego, sabe arreglar una casa, hay que reconocerlo! ¡Hay que ver qué limpio y brillante está todo! Debe ser una verdadera esclava de la limpieza... Pero no sólo es exigente... Es vieja, además.

—Cascart dijo que no —recordó Natalia.

—¡Ah! Cascart dirá lo que quiera. Teme que me case y le deje plantado... Estoy segura de que esa mujer lo persigue..., se mete en todo, lo dispone todo, y él la aburrece, o quizá sea una prima suya... que cuida de la casa y... ¡Natalia! ¡Natalia!

En su búsqueda afanosa con los ojos por encima de los muebles y objetos de aquella habitación, Zazá dió con una linda carpeta de cuero, sobre una mesa, en la que había una carta dirigida a la señorita María Dufresne. Al verla Natalia también, enseñada por su señorita, comentó:

—No hay duda de que es casado.

Pero Zazá, siempre confiante y siempre desconfiada, repuso:

—No, no lo creo. Ella puede llamarse de ese modo y se dispuso a sacar la carta del sobre.

—¡No irá a leerla! —saltó Natalia.

—¡Tengo que saberlo! —Y decidida a todo leyó: «Si usted y su esposo quieren venir el lunes...» ¡Oh!... ¡Es su mujer, no hay duda! Cascart tenía razón.

—Venga, ¡vámonos ya! —

quiso Natalia poner término a aquella situación embarazosa.

—¡No!... ¡No! ¡Quiero estar segura antes de marcharme! — lanzó la amante el S.O.S. como un cable de salvación.

El leve ruido de unos pasos, que se acercaban, obligó a Natalia a poner en guardia a su señorita:

—¡Shh! ¿No oye que viene alguien? ¡Vámonos! ¡Vámonos!

## APARECE UN ANGEL... EXTERMINADOR

La entrada en la salita de una preciosa muchacha como de unos doce a catorce años, con su uniforme de colegiala y con unos papeles bajo el brazo, vino a aclarar por completo las dudas que aun pudieran haber a la amante enamorada.

Fué la niña la primera en hablar, sorprendida por aquella visita inesperada.

—No sabía que hubiese alguien —dijo—. Venía a practicar mi lección de música.

—¿Cómo te llamas —preguntó Zazá.

—Antoinette Dufresne. ¿Y usted, señora?

—¿Yo?... Me llamo..., me llamo... Duval.

—¡Oh!, no... conozco a la señora Duval muy bien. La conocimos en Argel, ¡y es tan distinta de usted!

La mentira improvisada dejó confundida a Zazá. Quien, para orientarse, guió la conversación por otros detroteros.

—¡Ah, ah! Oye.

—Diga—respondió Antoinette, con sonrisa ingénuo.

—¿Tú... tú estabas en Argel el mes pasado... con tu mamá?

—Sí. Allí en Argel es donde vive mi abuela. Estaba muy mala y mamá y yo pasamos allí el verano. Hemos vuelto hace dos semanas.

—¡Ah, ya!

—¿Por qué me mira usted así, señora?

—Porque... te pareces a alguien a quien conozco.

—Yo me parezco a mi padre... Aquí está... Y aquí, mamá.

Dicho y explicado, Antoinette enseñó a Zazá dos retratos pequeños que había cerca.

—¿Esta es tu mamá?

—Sí—. Y encauzando el pali que hacia otro tema, prosiguió—. ¿Quiere que le enseñe un libro muy bonito que me ha regalado papá?

—¿Un libro?

—Sí... Lo traeré.

Salió de la habitación la muchachita, corriendo por el regalo, mientras Zazá quedó perpleja, admirándose.

—¡Una hija!... ¡Una hija!... ¡no lo hubiera creído!

Al volver Antoinette con un gran tomo con muchas ilustraciones en el texto, dijo a la visitante, invitándola a sentarse:

—Este es el libro más bonito que he tenido. ¿Vamos a verlo las dos, sentadas aquí? Venga usted; tiene muchas estampas... ¿No le importa que lo ponga sobre sus rodillas?

—No —dijo Zazá, ya sentada en un mullido canapé, dejándose llevar por la ilusión de la muchacha.

Antoinette la fué explicando, pegada a su regazo:

—«La Reina de las Nieves». Y esta otra es «La Sirena»... Y ésta es «La niña que vendía cerillas»... el cuento que más me gusta.

—¿Este? —consultó Zazá infantilizada.

—Sí... Pasaba mucho frío... porque no tenía abrigo... y tenía que salir siempre a la calle... hasta en Nochebuena, con meve, a vender cerillas... ¿Verdad qué es triste?

—¡Si tú supieras qué triste es eso... Antoinette!

—Pues... no tenía mamá y... sólo un padre malo que le pagaba... y aquella Nochebuena no había vendido cerillas, y por eso... temía ir a casa. Entonces se escondió en un portai... y fué encendiendo una a una todas las cerillas... para calentarse las manos.

Pero al observar que Zazá se entristecía, desvió:

—¡Oh, no se ponga tan triste... ¡Si eso no es verdad! Yo no he visto niñas que vendan cerillas.

—Pero sí hay niñas como ellas. Lo sé.

—¿Niñas que de veras pasan hambre?

—Hambre... y mucho peor.

—¿Tiene usted niños, señora?

—No, nenita.

—¡Qué lástima!... ¿Los hubiera querido mucho, verdad?

—Sí. Tanto como tu papá te quiere a ti... Me figuro que te querrá con locura, ¿no es así?

—Sí... Dicen que me mimaba demasiado. Nos llevó a mamá y a mí a ver los gatos amaestrados ayer tarde... ¡Qué graciosos!... Cuánto nos reímos con ellos... Y el mes que viene nos llevará con él a América.

—¿Que te llevará?... ¿Tu mamá ira a América también con tu papá?

Fué la pregunta decisiva y desconsoladora. Antoinette la dejó helada al contestarla:

—¡Claro! Si ni siquiera le gustaba estar en Argel sin él... y yo me quedo triste... cuando nos deja, aunque sea una semana.

Sin poder contenerse Zazá rompió en gemidos desconsoladores. Antoinette, sorprendida, exclamó para mimarla:

—¿Está llorando?... ¡No lloré!... ¿Quiere usted mi pañuelo?

—No, no... Gracias, Antoinette.

—Antoinette, no; Totó... Las personas a las que quiero me llaman Totó.

—¿Y tú me quieres?... ¿De veras? —consultó Zazá acariciando las guedejas de la nena.

—Sí, porque usted no tiene ninguna niña.

Una voz femenina, bien timbrada, que llamaba a Totó desde otras habitaciones, interrumpió el diálogo interesante. Al oírla Totó (o Antoinette), dijo, saliendo al encuentro de la demandadora:

—Es mamá... ¡Mamá!... Esta señora te espera.

Entonces, en la puerta apareció la esbelta figura de una dama, elegante en su sencillez, que, extrañada por la presencia de las visitantes, consultó con naturalidad:

—¿A mí, señora?

Zazá, al pronto, no supo qué contestar. Todas sus ideas anteriores —sus malas ideas— quedaban desvanecidas ante aquella madre ejemplar y una hija tan encantadora. Además, su situación en aquella casa comenzaba a ser difícil. Por esto, respondió, sin titubeos:

—No, señora... Ha sido un error. Nos hemos equivocado de piso por lo visto. Pero no lo siento. He conocido a su hija... Debe sentirse muy orgullosa... y

muy feliz... Perdone usted nuestro error.

Pero Zazá, no obstante su aplomo, no pudo evitar una lágrima furtiva; la que, advertida por Totó, la hizo exclamar con gran

cariño, mientras salía a despedirla:

—Adiós, señora.

—Adiós... Adiós, Totó —respondió Zazá, ilusionada pero llorosa, cuando se fué

## EL AMOR EN CRISIS — CAMINO DEL DEBER

A los pocos días de la visita de Zazá a la casa de Dufresne, Anais Jardin hallábase entregada, en el domicilio de su hijastra, a una de sus típicas «melopees», junto a una botella de cañac. Tenía ante sí un visitante: el señor Marchand, el opulento hombre de negocios que no cejaba en su afán de obtener el amor de su joven protegida en el teatro; máxime desde que supo el desengaño de sus coloquios con Dufresne.

Y «madame» Anais Jardin, inspirada por el «espíritu» del alcohol —un poco sentimental y un mucho «calamocana»— hablaba... hablaba a Marchand:

—Sí, sí, amigo mío; las mujeres somos tontas. Somos todo sentimiento, todo corazón... hasta que un día nos sentimos engañadas, y entonces tomamos la iniciativa. En el momento en que me enteré de que el padre de Zazá, con quien estaba debidamente casada, me había engañado —¡él, el hombre a quien yo adoraba!— le di un trestazo en la cabeza.

—¿Y él qué hizo? —preguntó Marchand.

—Devolvérmelo. Y mientras yo estaba privado de sentido, él tomó el portante, y desde aquel día no he vuelto a verle el pelo. Y no sólo me dejó a mí, que me dejó a Zazá, su hija, a otra mu-

jer, ¡y ahí queda eso. Por este motivo soy hoy la mujer que soy.

Hizo una pausa para beber otra copita, obsequiando a Marchand al mismo tiempo. Después, continuó:

—Un bledo me importa el amor, un bledo los buenos sentimientos... Le digo que Zazá será muy diferente desde ahora, después de haber sabido la falsedad de ese Dufresne... No despreciará semejante oportunidad.

—¡Hum! ¿Cree usted?

—Sí; si no, yo no le hubiese llamado. Esta noche le entregaré estas preciosidades de alhajas que usted le regala... y mañana verá cómo acepta el contrato que le ofrece.

—Si lo acepta me lo agradecerá, porque no les faltará nada a ustedes.

—¡Je!... Sé que usted la hará triunfar, hijo mío... Se los daré en cuanto se vaya usted. Ella vuelve en el tren de las diez... y daremos el golpe sobre el hierro caliente.

Y como escuchase pasos cerca —señal inequívoca de la llegada de Zazá— Anais se levantó,

echando a Marchand, a la vez que se guardaba sus alhajas.

—¡Ah, ya está aquí! ¡Cielos!... Recelará que tramamos algo y no le gustan las intrigas. ¡Vaya! ¡Vaya escaleras arriba para no encontrarse con ella. ¡Corra!

—¡Está bien, está bien! Pero es una chica tan especial...

—¿Qué le vamos a hacer si es así? Adiós, señor Marchand.

...

Esta noche, como la tarde anterior, cuando Zazá volvió al nido de sus coloquios amorosos con Dufresne, halló a su madrastra en el mismo estado «espirituosos», que no espiritual. Pero, ganada por la vil presión de ánimo en que vivía, no bien estuvo frente a Anais cuando sentándose en una silla, exclamó:

—¡Ay! «Muddy»!... ¡Qué desgraciada hoy!

—Casart tenía razón, ¿verdad?... Lo has descubierto, ¿eh? —rezongó «Muddy» por toda respuesta.

—Sí. Pero no es de esto de lo

que quiero hablarte ahora... Quería decirte: ¡qué compasión te tengo!

—¿Qué dices? ¿Compasión a mí?... Más digna de compasión eres tú, hijo.

—No... He pensado en algo en lo cual hasta ahora no había pensado. ¡Cuánto debiste sufrir cuando te dejaron sola, con una niña que ni siquiera era tuya... sin que nadie te ayudara ni se cuidara de ti!... ¡Pobre Muddy!

—¡Calla, hija!, yo no me quejo ni tú deberías hacerlo... Has tenido la suerte de enterarte a tiempo. Pronto lo olvidarás si vuelves a trabajar, pero no como antes. No, no. Tu madre es una mujer razonable, Zazá, y espero que tú lo serás igualmente aceptando el contrato de un empresario que te hará famosa.

Y después de escanciar otros dos tragos de coñac, continuó, ofreciéndola uno:

—¿Quieres una copita? No me gustaría que nadie te viera así; parece que tengas cincuenta años.

—¿Quién habría de verme?

—dijo Zazá con desconsuelo.

—¡Ah! Nunca se sabe quién

puede venir... ¿A que no adivinas quién ha estado aquí, aun no hace una hora... y sabes con qué objeto ha venido?... Solamente para traerte esto: Diamantes auténticos, hija... —y la enseñó la alhaja, agregando—: Esto sólo es un anticipo del contrato.

—¿Marchand? —preguntó la ex artista.

—Sí, en efecto, era Marchand; y las condiciones son muy ventajosas.

—¡Ah, qué tonta he sido!

—Ya sabes que el sentimentalismo no conduce a nada.

—Sí, desde luego, a nada; ya lo veo. Buenas noches, «Muddy».

—Pero, ¿y esto?... —dijo Anais, por los brillantes.

—Devuélveselos.

—¿Qué?

—¡Que se los regale a Florianne!

—¡Zazá! ¡Zazá!

Y se fué a su alcoba con idea de tratar de coger el sueño aquella noche, ya que la anterior no había dormido. Pero tampoco pudo ésta. Cascart y Natalia, que dormían debajo de su alcoba, en distintas habitaciones, la oyeron

pasearse por el cuarto bastantes horas. No bien amaneció, Cascart se creyó en el deber de ir a consolarla. Y entró en su habitación, hallándola llorosa. Pero al revés, compadecida ella de todo el mundo, dijo a su acompañante:

—¡Pobre Cascart!... ¡Qué cara tan triste tienes!

—¡Vamos, vamos!... ¿Serás capaz de llorar por un mamarracho como ese?

—No te burles de mí; aún es pronto. Prefiero que me aconsejes.

—Tú no has de seguir mis consejos.

—Sí, los seguiré... debo hacerlo... tú eres mi único amigo... yo haré todo lo que tú me digas.

—Pues... lo que debieras hacer... es olvidar tus penas... darte al trabajo... llegar a ser la gran estrella que yo quería que fueras.

—Sí, tienes razón; yo no podía... luchar con su mujer y menos... con la niña... No, no podía ser.

—Me alegro de que te has dado cuenta.

—Y... ¿qué puedo hacer yo ahora?

—Sólo una cosa: olvidarlo. Eso es lo que tienes que hacer.

Vino a suspender la continuidad del diálogo la entrada de Natalia con un telegrama, en el que Dufresne anunciaba a su amante que vendría a cenar esta noche con ella.

—No le recibirás, supongo — dijo Cascart.

—Debo hacerlo... ¡He de verle! —respondió Zazá convencida.

Y conforme avisó en el telegrama, Dufresne se presentó — ¡aquella tercera noche! — en casa de Zazá, que era su casa también.

\*\*\*

La ex artista se preparó a toda conciencia para recibirle. No sólo con gran quietud de ánimo, sino tratada como gran dama que quería ser desde hoy. Así, tomó unas tisanas; después, hizo su tocado concienzudamente: sencillo y elegante, como era el de la esposa; pero con diferencia sobre ésta de aventajarla en distinción y belleza naturales. De este modo, al venir Dufresne y hallarse de nuevo en el gabinetito de sus pasados coloquios, pero guardando un poco las distancias, Zazá comenzó a sonsacarle, tratando de conocer toda la verdad.

—Dices —le dijo—; ¿que... que has hecho en París?

—Pues... ocuparme de mis asuntos... y, ante todo, del pasaje.

—¿Y por las noches?

—Pues... la primera fui al circo... Ví unos gatos y perros actores.

—¿Y a la siguiente?... ¿Adónde fuiste anoche?

—Al teatro.

—¿Con amigos?

—Con uno.

—¿Y después?

—Fuí a casa.

—Pero, ¿tomaste antes una taza de chocolate?

—Sí, ¿por qué no?

—¿Y cuándo vas a América has de llevarte también a ese amigo?

—¡Ah, Zazá, sé razonable! Hace semanas que sabes que he de ir.

—Sí... pero no con tu mujer —saltó la amante, sin poder contenerse.

—¿Ya lo sabes? —preguntó él por respuesta.

—Sí; sé que eres casado. ¿Por qué no lo dijiste al principio?... Si hubiera sabido que no eras libre... no te hubiese entregado el corazón y no sufriría de este mo-

do —se desbordó ella, corazón en mano—. Antes de conocerte yo estaba siempre alegre; mi vida era como era, y no veía nada malo en ello. Ahora todo es distinto. No puedo volver a aquella vida... Es imposible; después de haberte conocido, no podría... Te he querido tanto... que soñaba con casarme contigo. Si lo hubiese sabido no hubiera llegado a quererte... No he hecho nunca daño a nadie, ni lo haré.

Dufresne se sintió reo de un cariño no legal, pero sí muy veraz y muy profundo. Mas tuvo que confesarse.

—Desde un principio —dijo— creí que nuestro encuentro sería un grave error y procuré evitarlo... Pero esto no es una excusa; no las hay para mí. Me atraías... nos encontramos... y te quise. Y cuando intentaba confesarte la verdad... huían las palabras. Era mucho más fácil decir... cualquier cosa que pudiera agradarte. Pero te diré en mi favor... que estoy arrepentido de todo... Por eso no me disgusta que lo sepas al fin... Y pido al cielo que encuentres un hombre... que sea digno de tu amor.

Holgaban las restantes explica-

ciones después de las indicadas. Ambos debían comportarse, en adelante, como deseaban ser desde este punto y hora; él siempre un caballero y leal para su esposa; ella, una dama, fiel a su arte. Conservarían de su amor sólo el

recuerdo. Y continuarían por dos rumbos diferentes: él, a América con su esposa y su «Totó»; ella, al teatro con Cascart—su inseparable acompañante—y con «Muddy», su «absorbente maimita».

TRIUNFO TRAS TRIUNFO  
¿REVERDECE OTRO IDILIO?

**T**RANSCURRIERON cerca de cuatro años desde el día en que Dufresne y Zazá se separaron. Durante este lapso, Zazá volvió a la escena con más dominio. Y también con más saber y más cultura que antes.

Mejóro su repertorio de canciones, escogiendo entre las finas y bien sentimentales, pero no exentas de gracia y quintaesencia.

Cuidó más su propaganda cerca de empresarios y de periodistas, y unos y otros comenzaron a ocuparse más de ella.

En un principio —fiel a los antiguos financiadores de sus éxitos—, reanudó sus relaciones con

el público y los amigos de otros tiempos. Así, en los primeros días de su vuelta a la escena, dedicó sus primicias al simpático espectáculo de Saint Mary. Y en las calles de esta población volvieron a fijarse los chillones carteles animadores, en los que se leía con letras grandes:

«ALCAZAR»

CABARET AL AIRE LIBRE

ZAZA Y CASCART

REGRESO TRIUNFAL

Al mismo tiempo, en la prensa de Saint Mary aparecían gace-

tilas ocupándose del retorno de dichos artistas, y anuncios como el siguiente :

*Noticias teatrales*  
*una nueva estrella*

ZAZA

VUELVE ZAZA, LA INIMITABLE

El «succés» de su nueva presentación ante «su público» fué mayor, si cabe, que el que obtuvo antes de eclipsarse. Todos la agasajaban, la atendían, con más amplitud que anteriormente. Puede decirse que no hubo una artista más mimada en Saint Mary como lo fué esta estrella del «Alcázar».

No se avino a actuar en aquellos teatrillos veraniegos o de gente vocinglera. Poco a poco fué ganando en categoría. Y subiendo, subiendo... llegó a trabajar en París, que fué su meta ; primero, en «music-halls» de segunda categoría ; en seguida, en el Mayol, en Bataclán, en el Moulin... en el Folies Bergéres, en fin ! Ya siempre a la sombra de la gigantesca Torre Eiffel, su genio confirmando triunfo tras triunfo. Y sus triunfos eran siempre de gente del gran mundo, de etiqueta en

palcos y butacas, que la aplaudían sin cesar. Era, pues, el logro de su carrera ; el éxito continuo.

Zazá, terminada la función, se quedaba a solas en su camerino muchas noches repasando sus papeles, o poniendo en orden los objetos de su tocador, que eran de lo más variado y pintoresco ; además de su muñeca, un perfumador bastante alto con boquilla y horquilla doradas, de las que pendía una pera de goma forrada con malla de seda, según moda de principios de siglo ; una polvera grande, de cristal tallado, como el perfumador ; un espejito de mano, con puño de plata repujada ; lápices, cremas, coloretes... todo muy siglo XIX, mejor que actualmente.

En la intimidad del camerino su indumentaria parecería un poco anacrónica en estos tiempos, asimismo. Vestía una chaquetita de crespón estampado con mucho descote y los brazos casi al descubierto, sobre una larga camisa con lindos encajes, y enagua con muchos adornos y almidones. Su peinado era moderno. En las muñecas, pulseras de oro, y pendiente del cuello, un corazón, guardapelo, también aurífero, con un buen

## Z Á Z A

brillante y unos rubies en su tapa.

Algunas veces se quejaba Cascart con ella para disuadirla de sus pasados pensamientos amorosos, o para animarla en sus propósitos de un mejor porvenir artístico, es el que los dos —ya como empresarios, siempre formando pareja— alcanzasen la cima deseada.

Realmente no podían quejarse de la buena marcha de sus negocios. Después de Saint Mary estuvieron trabajando en otras poblaciones importantes, con aplauso parecido a la anterior.

Pero Zazá —consciente de su valía— empezó a cansarse pronto de estos éxitos efímeros, provincianos. Y fuese desprendiendo lentamente de aquel clima y sus viejimasas costumbres.

Pero si Zazá estaba orgullosa de sus triunfos, «madame» Anais Jardin no lo estaba menos. Esta se creía, como madre, con derechos parecidos fuera de la escena.

Vestía como una gran señora, se alhajaba, se pavoneaba... y seguía libando bebidas caras más de lo que era menester.

Gustaba frecuentar los lugares concurridos y hablar de «su hija» ante sí por que sí, con el pretexto más liviano.

También llamaban su atención los vendedores ambulantes que ofrecían sus artículos a los clientes de las terrazas. Entre aquellos, acertó a pasar frente a «Muddy» uno, que pregonaba «Alfombras, alfombras estupendas». Y cogiendo la ocasión del elogio de la artista por la madeja de la alfombra, anudó, después de sisear al vendedor:

—Oiga: ¿sus alfombras son buenas?

—Sí, señora —respondió el ambulante, mostrándole su mercancía—. Son auténticas, maravillosas...

—Déjeme verlas —prosiguió «Muddy», llena de empaque—. ¡Soy la señora Anais Jardin, madre de la señorita Zazá...

—¡Ah, señora! —exclamó el «alfombrista» olfateando la ganancia.

—...estrella del teatro Folies de París...

—¡Oh, el Folies!

—La reina de las artistas de revista, Zazá.

Y cambiando de tono, con gran prosopopeya, preguntó:

—¿Cuánto vale esta alfombra?

Pero el vendedor, acostumbrado a charar con señoras del empaque de «Muddy», se regodeó:

—¿Esta? Ah, es la más bonita que tengo, señora. No quisiera desprenderme de ella, pero... en fin, mil francos.

—No es cara. Y es preciosa —alabó «Muddy».

Y así, una tarde en que, sentada en la terraza de un café de los bulevares degustaba coñac tras coñac, ensalzando los éxitos de su hija ante un vendedor de alfombras que las mostraba por las terrazas, hallóse sorprendida con la consulta del camarero demandando su permiso para acercarse un caballero parroquiano, que la conocía. Miró Anais con disimulo a quien le indicaba y vió que era Marchand, el antiguo admirador de Zazá. Pero aparentó no conocerle, aunque accedió a que tomase asiento junto a ella. Anais llevaba puestos los pendientes de brillantes que un día la entregó Marchand para su hija... y trataba disimular. Así, cuando él se acercó a su mesa preguntándola si «se acordaba» de él bien, ella respondió:

—No; no le recuerdo a usted.

—La última vez que nos vimos fué hace tres años. Soy Marchand. Le ofrecí un contrato a la señorita Zazá, al volver de París.

—¡Ah, sí! empiezo a acordarme.

—Pero, ¿recuerda los pendientes?

—Sí, aun los llevo de vez en cuando.

—¡Pero, eran para ella!

—¿Estos brillantes tan pequeños? ¿Usted no se hace cargo de que mi hija es una gran estrella, la más grande de París, y que sólo lleva brillantes enormes?

—Entonces no llevaba brillantes enormes.

—No recuerdo bien, pero sería porque no querría... Claro que si quiere enviarme un pequeño recuerdo, yo se lo entregaré.

Y fija su vista aun en el vendedor de las alfombras, que no se separaba, aguardó el punto preciso de la conversación.

—¿Qué clase de recuerdo? —preguntó Marchand ya «mosqueado».

—¡Ah!, una de esas alfombras. Ahí lleva una muy bonita que sólo vale mil francos. ¡Una pequeñez!

—¿Nada más que mil francos?... La señorita Zazá estará acostumbrada ahora a estas pequeñeces.

—Lo mejor... Mi hija sólo

Z A Z A

quiere lo mejor. Nos quedaremos con la más linda... ¿Quién diré que la envía?

—¿Quién?—rezongó el financiero.

—Sí, sí... Su nombre; he olvidado su nombre, señor.

—Entonces, ¡ envíela usted !...

Y alejándose, dejó a Muddy con un palmo de narices. Pero ella, sin darse por ofendida, dijo al vendedor:

—¿Qué? ¡ Ah ! lo haré... Llévesela a la señorita Zazá, al teatro y dígale que es un regalo de «Muddy»... Y también la factura.

## LA REAPARICION

ENTRETANTO, incidentes como el del encuentro con Marchand se sucedían. Zazá continuaba triunfando en el Folies de París, ante un público selecto. Cascart no era actualmente su compañero de actuación: era su empresario, su administrador. Casi siempre vestido de etiqueta, con su frac y pantalones impecables, sombrero de copa en mano. Con esta indumentaria hallábase esta noche —tercer aniversario del retorno a la escena de Zazá—, en el suntuoso camerino, ensayando su discurso animador para los «caballeros de la Prensa», cuando llamaron a la puerta con los nudillos. En la creencia de que eran dichos caballeros los que llamaban corrigió

la línea de su frac, púsose los guantes... y salió él mismo a abrir magnífico y sonriente. Pero el que apareció en el umbral fué el vendedor de las alfombras, que traía el encargo de «Muddy».

—Un regalo para la señorita Zazá—dijo—. También traigo la factura de mil francos.

—¡Lárguese! ¡Lárguese! —respondió Cascart malhumorado.

—Pero la señora ha dicho...

—Conozco a ésa señora y sus regalos. ¡Lárguese, le digo!

—Pero es que en mil francos es una ganga.

—Le daré cien —repuso Cascart, conminante.

—¡No, no!... Bueno. Está bien: es suya.

—Tenga... ¡y fuera!

Largó al vendedor el billete de cien francos por la alfombra. Entregó ésta a Natalia, que estaba con él en el camerino. Y se disponía a continuar su ensayado discurso: «Caballeros de la Prensa: Hace esta noche tres años que ustedes aclamaron a la señorita Zazá, al ídolo de París...» cuando volvió a importunarle la entrada de uno de los «botones» del teatro, portador de un ramillete de albas flores.

—Más flores para la señorita Zazá —dijo el chico—. Y los periódistas ya están ahí.

—Magnífico. Que pasen —ordenó Cascart, lleno de gozo.

Y mientras Cascart, el brillante empresario, paseándose por el suntuoso camerino, ensayando su discurso animador para los «caballeros de la Prensa».

Y así hablaba en voz alta, frente a un espejo, dirigiéndose a un auditorio imaginado:

—¡Caballeros de la Prensa! Esta noche hace exactamente tres años que ustedes aclamaron a la señorita Zazá como ídolo de París, y... ¿eh?... como empresario suyo he creído oportuno invitarles... invi...

A esto sazón Cascart perdió el

hilo de su discurso. Y como echase mano a los bolsillos de su frac, creyendo que en éstos llevaba las cuartillas que no logró aprenderse, encontróse con que tampoco el frac tenía bolsillos. Entonces, palideciendo, exclamó para sí:

—¡Cielos! ¿Dónde están mis bolsillos?

Natalia llegó a sacarle de su atolladero, portadora de un gran rollo.

—No sé dónde están sus bolsillos —dijo—, pero aquí está su discurso.

Le atrapó velozmente Cascart y se dispuso a reanudarlo; leyendo:

—«Como la señorita Zazá misma les diría»...

Le interrumpió él mismo todavía para consultar a Natalia:

—Parece que vienen. Di, ¿Qué aspecto tengo?

—Magnífico —aseveró la consultada.

Pero, antes de que entrasen, Natalia llamó la atención del viejo ex caricato, mostrando el ramillete.

—Fíjese qué flores —dijo la antigua doncella.

—¿Rosas blancas? —preguntó Cascart.

—Dufresne... después de casi cuatro años —repuso Natalia, a modo de comentario.

—Confíaba en no volver a saber de él.

—También yo.

—No ha de verla. Daré instrucciones... ¡Tírelas!

—¡Ah, no quisiera tener que hacerlo!

Natalia colocó el ramo en un florero. A poco, apareció Zazá a medio vestir, llena de gozo y extrañeza.

—Natalia... Yo... estoy loca o estoy soñando... ¡Está aquí!

—¿Qué? —respondió Natalia, como confusa.

—Ha de estar ahí en la platea. Le he oído reír.

—¡Qué cosas se imagina usted!

—¡Oh!... Tal vez sí... Sólo que... ¡No, no!

Pero la irrupción en masa de los periodistas y admiradores de la «estrella» del Folies vino a cortar aquel diálogo. Entre los visitantes había algunos —críticos famosos o influyentes empresarios— a quienes la «estrella» ilu-

minó más vivazmente, cogándoles con fulgor de su figura mayestática y sus joyas esplendorosas. Los elogios fueron todos a tenor de los siguientes:

—«Más deliciosa que nunca». «Todos brindamos por tu éxito, querida». «Esperamos que cada vez sea mayor»...

Elogios continuados, agradeciéndoles por la artista con sonrisas cautivadoras. Hasta que, al ver que se acercaba el momento de su número se esfumó tras el biombo, mientras les decía:

—Natalia, mis medias, por favor... Me disculparán; aun he de actuar.

—¿Disculparla? Usted a nosotros.

—¡Cómo la envidio a usted, Natalia! —dijo un crítico, más atrevido.

Cascart quiso coger el hilo por el ovillo para colocar su discurso:

—«Caballeros de la Prensa... hace esta noche tres...

—Pero, Zazá le cortó el hilo, presentándose de nuevo.

—¡Oh, espera, Cascart!... Hay alguien a quien no conozco.

—Mi sobrino Henry —dijo, presentándole, el crítico famoso.

—Tanto gusto. ¿Es periodista también?

—Bueno, ¿eh?... yo sé dónde llegaría a publicar un artículo si... si lograra decir algo nuevo sobre usted; no todas esas vulgaridades que se escriben —se debatió el joven presentado.

—Gracias, hombre —reconvino otro censor de teatro.

—Y ahora, caballeros de la Prensa; esta noche... —volvió a decir Cascart.

—¿Algo... algo nuevo?... —Zazá cortó una vez más.

—¡Tonterías! ¡Todo el mundo quiere saber lo mismo!... Cómo llegó a escalar el éxito... Pregúntaselo —adujo el crítico famoso a su sobrino Henry.

—Aunque es pregunta vieja... ¿no tendría respuesta nueva?

—No... —siguió el tío de Henry—. He entrevistado a muchas estrellas y siempre es igual. Trabajo... desengaño... desesperación... y ¡ah!, sí; un corazón destrozado.

—¿Es cierto eso, señorita?... ¿Destrozaron el suyo?... —consultó, interesado, Henry.

—Claro..., claro... Pero, además de eso, he tenido un amigo muy bueno: mi empresario, Cascart —dijo Zazá. Y agregó, yendo a buscarla—: ¡Ah! y a Jeanette. He de enseñarle a Jeanet-

te... ¡Natalia!... Esta es... El me hizo trabajar... Me dijo qué había de hacer... y ella me dió suerte. Y, ahora, perdonen; he de cambiarme.

—¡Oh!... Vamos afuera.

—Han de oír su nueva canción. Es maravillosa —adujo Cascart.

—No lo dudo —afirmó Henry.

Acababan de salir del camerino la mayoría de visitantes, disponiéndose a hacerlo también Zazá, cuando ésta se fijó en las rosas blancas —sus flores predilectas— colocadas en el búcrro.

—¡Oh!... ¿De dónde ha venido esto? —preguntó.

—De una florista, sin duda —disimuló Cascart.

Pero la entrada del botones del teatro, con una misiva, llamó la atención de la artista.

—Un caballero desea ver a la señorita Zazá —dijo el muchacho.

—Dile que está ocupada —respondió su empresario.

—¡Dáme esa tarjeta! —reconvino Zazá, convencida de quién era.

Disponíase a salir al escenario cuando Cascart dijo a los críticos que aún quedaban, a modo de advertencia para Zazá:

—Les diré por qué llegé a ser

lo que es, caballeros... Cuando sabía qué había de hacer... lo hizo siempre...

—¿Tiene usted fuerza de voluntad, eh?

—No estoy tan segura... Hasta

la vista, señores... —concluyó la «estrella» despidiéndose.

—Quizá me equivoque..., pero creo que sabes cumplir con tu deber... y no defraudar —dijo, en fin, Cascart.

## EL AMOR SE VA

**N**o bien el avisador entró por último, para llamar a escena a Zazá, ésta pidió que tocasen la canción «¡Hola, vida mía!», que tan insulsa le parecía en otro tiempo y de la que ahora hacía una creación.

Todas las localidades del teatro estaban ocupadas, y en los palcos y butacas preferentes las mujeres lucían trajes vaporosos y ricas joyas.

El todo París, el de las grandes solemnidades, habíase precipitado para ocupar su localidad y no dejarse perder el momento de la presentación de su artista favorita.

Aquello, era algo que se apartaba de lo corriente.

El enamorado Dufresne, también había acudido a la función extraordinaria de aquella noche. Había tenido una lucha consigo mismo; lo arrojaba todo, todo, para ver de cerca a su amor, aquel amor imposible, que le embargaba todo su ser.

Amor impuro, amor nefasto, amor imposible. Un abismo les separa.

Su familia, su esposa, su hija, todo. Era imposible continuar aquel amor, aquella locura. Ella comprensiva, había dominado su corazón, sus sentimientos... sonaron los timbres, el director de orquesta empuñó la batuta, y un silencio, presagio de una tempestad de aplausos y ovaciones, precedió al levantarse la cortina para

dar paso a aquella mujer, a aquella Zazá, que llenaba la atención de la gran ciudad.

Ataviada con una de sus más elegantes toaletas —todo sobriedad y distinción en su figura—, salió al escenario, desde el que divisó un público selecto, del «gran mundo» en las caras localidades, como era siempre el que venía a verla en la actualidad. No sólo caballeros vestidos de etiqueta, si no que también damas encoquetadas y preciosas damiselas.

Al girar su vista brevemente por la sala, hallóse sorprendida con agrado al ver en aquella, de cerca, a Dufresne, ataviado de frac y sombrero de copa en mano. Bertrand se había colocado en lo alto de la puerta de un pasillo, en el patio de butacas, de modo que la artista tenía que divisarle a poco que se fijase; aparte de que las rosas blancas que le remitió, antes de la función, ya habían sido su mejor mensajero.

Y Zazá principió su canción, que, además de fluida y de buen gusto, era de una moralidad atrayente y sugestiva; nostálgica de recuerdos de dulce amor pasado, más de incitación al deber y retorno a la vida normal y cotidiana.

Así, la artista cantaba en una de sus estrofas:

«Olvidaré tus besos de pasión,  
aunque me destruya el corazón».

Para añadir a los pocos compases, en otro de sus momentos:

«Si te encuentro en mi senda es-  
[pinosa  
sólo te diré: «Vete, por favor»...»

Dufresne escuchaba atentamente la canción cada vez más intrigado, así como pesaroso, de lo que Zazá iba diciendo. Hubo un instante en que quiso salir de la sala, comprobado por los gestos despectivos de la artista, dirigidos hacia él con disimulo, que esto es lo que ella quería decirle para siempre. Pero aguardó todavía el final, que era el siguiente:

«Recuerda tus deberes.  
Digámonos adiós».

Entonces, Dufresnes ya no titubeó: hizo una mueca de pesadumbre; e inclinándose hacia la artista de renombre para despedirse, salió del teatro para no volver jamás.

## Z A Z A

Y por la calle, triste y cabizbajo, procuraba convencerse a sí mismo, de que aquella ilusión, había sido un sueño, sueño feliz, pero imposible de ser continuado, ni de llegar a florecer.

Mientras, los aplausos ensordecían a los asistentes a aquella representación y Zazá, saludando desde el palco escénico, sus ojos llenáronse de lágrimas, lágrimas que el público interpretó como de

emoción, por el éxito conseguido, pero que en verdad era el dolor, la amargura que asomaba a aquellos bellos ojos, procurando dibujar en sus labios un rictus de sonrisa, que más bien parecía la mueca trágica de un alma despedazada por el dolor y la angustia.

No todos los amores son dichosos, es la vida y la realidad. Sufrir por un amor es lo más sublime, lo más emotivo.

FIN

COLECCION



75 céntimos

P A R A H A C E R S E A M A R  
PENSAMIENTOS SOBRE LA MUJER Y EL AMOR  
CARTAS Y DECLARACIONES DE AMOR  
NUEVAS CARTAS AMOROSAS  
LO QUE DESAGRADA EN LA MUJER

---

150 NUEVOS PIROPOS  
MANOJO DE PIROPOS

---

LENGUAJE DE LAS FLORES

---

CUENTOS GITANOS Y VOCABULARIO CALÉ

---

JUEGOS DE MANOS  
PRESTIDIGITACION  
ADIVINACION DEL PENSAMIENTO

1'25 ptas.

PASATIEMPOS - CRUCIGRAMAS

(publicación mensual)

---

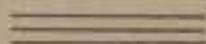
Pedidos a Editorial Alas - Apartado 707 - Barcelona

Los más célebres artistas

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



**BIBLIOTECA CINE NACIONAL**

2 ptas.

La última falla . . . . Miguel Ligeró  
La reina mora . . . . María Arias  
Rinconcito madrileño . . . P. G. Velázquez  
María de la O . . . . Carmen Amaya  
¡No quiero! ¡No quiero! . . . José Baviera  
Eran tres hermanos . . . Lucilla Gargallo  
Bubemins . . . . . Emilio Aliaga  
Don Floripondio . . . . Valeriano León  
Las hijas de la noche . . Miguel Ligeró

Martingala . . . . . Niño Marchena  
Rápteme usted . . . . Celia Gómez  
Usted tiene ojos de mu-  
jer fatal . . . . . R. de Sorneman  
Tierra y cielo . . . . Maruchi Fresno  
Jai-Alal . . . . . Inés de Val  
¿Quién me compra un  
un llo? . . . . . Mariuja Tomás  
Alas de paz . . . . . Lois de Valois

**SERIE ALFA**

2'50 ptas.

Cerman, la de Triana . . . I. Argentina  
El sobre lacrado . . . . I. Gargallo  
La Dolores . . . . . Rocío Díaz  
La Millona . . . . . R. de Sorneman  
Suspiros de España . . . Miguel Ligeró  
Gloria del Moncayo (Los  
de Aragón) . . . . . M. de Diego  
El octavo mandamiento . . Lina Yegres  
Rumbo al Calero . . . . Miguel Ligeró  
El difunto es un vivo . . Antonio Vico  
Molinos de viento . . . . Pedro Tarot  
La alegría de la huerta . . Flora Santacruz  
El barbero de Sevilla . . Miguel Ligeró  
Melodía de arrabal . . . I. Argentina  
C. Cardel

Sol de Valencia . . . . Mariuja Gómez  
Misterio en la Mariama . Tony D'Algy  
Rosas de otoño . . . . M. F. L. Guevara  
La patria chica . . . . Estrellita Castro  
La chica del gato . . . . Josita Hernán  
Un episodio de familia . . Mercedes Vacino  
La culpa del otro . . . . Luis Prendes  
Fin de curso . . . . . Luchy Soto  
Mi enemigo y yo . . . . Josita Hernán  
Y tú... ¿quién eres? . . José Nieto  
Una mujer en un taxi . . Silvia Morgan  
Una herejía en París . . Tony D'Algy  
Empezó en boda . . . . Sara Montiel

**SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.**

A la lima y al limón . . Miguel Ligeró  
La Parrala . . . . . Mariuja Tomás  
Verbena . . . . . Mariuja Tomás  
Rosa de África . . . . Rafael Medina  
Noche de engaño . . . Amadeo Nazari

Cautivo del deseo . . . Leslie Howard  
Flor de espino . . . . Gracia de Triana  
Tú llegarás . . . . . Roberto Rey  
Buenas noches . . . . M. Luisa Cerrona  
Otoño . . . . . Roberto Rey

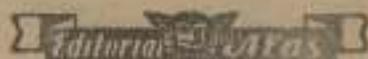
Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Los artistas más célebres

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . . Charles Collins  
Melodía de Broadway . . . Robert Taylor  
Apuesta de amor . . . . Gene Raymond  
Héctor Fieramosca . . . . Gino Cervi  
El mundo a sus pies . . . Lily Pons  
Sepultada en vida . . . . A. Nazari  
Defensora del crimen . . . Richard Dix  
Aventura Pompador . . . Kate de Nagi

Malada vota . . . . . Billy Bergel  
Titanes del mar . . . . Victor McLaglen  
Cupido sin memoria . . . Ann Sothern  
María Ines . . . . . Paula Wessely  
Poética Jamaica . . . . Charles Laughton  
El caso Vane . . . . . Clive Brook  
Químicos de Hollywood . . . Joan Fontaine  
Los tres vagabundos . . . Heinz Rühner

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomey de los  
elefantes . . . . . Sabú  
Tú cambiarás de vida . . M. Redgrave  
Las dos niñas de París . . C. Barchon  
¿Es mi hijo? . . . . . Lil Dagover  
La última avanzada . . . Cary Grant  
Vacaciones junx Harvey . . Mickey Rooney  
Margarita Gautier . . . Robert Taylor  
Mortal sugestión . . . . Ann Harding  
Una chica insoportable . . Danielle Darrieux  
Bajo manto de la noche . . Edmund Lowe  
Alarma en el expreso . . M. Redgrave  
Crimen de medianoche . . Ramón Pareda  
El signo de la Cruz . . . Fredric March  
El asesino invisible . . . Walter Abel  
Los dos pilletes . . . . . Jacques Távelli  
Pygmalion . . . . . Leslie Howard  
María Estuardo . . . . . Kath. Hepburn  
Cuidado con la q. horas . . Michael Redgrave  
Por la dama y el honor . . Paul Lukas  
El día que me quieras . . Carlos Cerdal  
El pequeño lord . . . . F. Bartholomew  
Tarsán de las fieras . . . Buster Crabbe  
Albergue nocturno . . . . Greta Gynn

El misterio de Villa Rosa . . . . . Judy Kelly  
Acusada . . . . . Dolores del Río  
Faja de bombas . . . . . Mickey Rooney  
La profesora millonaria . . Gene Raymond  
Los peligros de la gloria . . James Cagney  
La bella rebelde . . . . . Ann Sothern  
Buscando fama . . . . . Don Ameche  
Una mujer imposible . . . . Jonny Juan  
El hombre del Nígar . . . . Victor Francen  
Estrados en luna de miel . . Hugh Sinclair  
Andrés Harvey Tonerto . . Mickey Rooney  
Fruto durado . . . . . Clark Gable  
El secreto del marqués . . Armando Falconi  
Irene . . . . . Ana Neagle  
Una hora en blanco . . . . Franchot Tone  
La batalla . . . . . Charles Boyer  
La familia Robinson . . . . Fr. Bartholomew  
La muj. de las dos casas . . Greta Garbo  
Luna llena . . . . . Jean. MacDonald  
La luna radiante . . . . . Joan Crawford  
Cuanto ellas se encuent. . . Málvyn Douglas  
El rapto de Laura . . . . . Joan Fontaine  
Una chica se divierte . . . Jean Arthur  
Una mujer endiablada . . . Lupe Vélez  
El club 400 . . . . . George Murphy

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA



Editorial  Alas

2'50 Ptas.

